



LA
ILUSTRACION.

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. Angel Fernandez de los Rios.

TOMO V.

ADORNADO CON 600 GRABADOS.

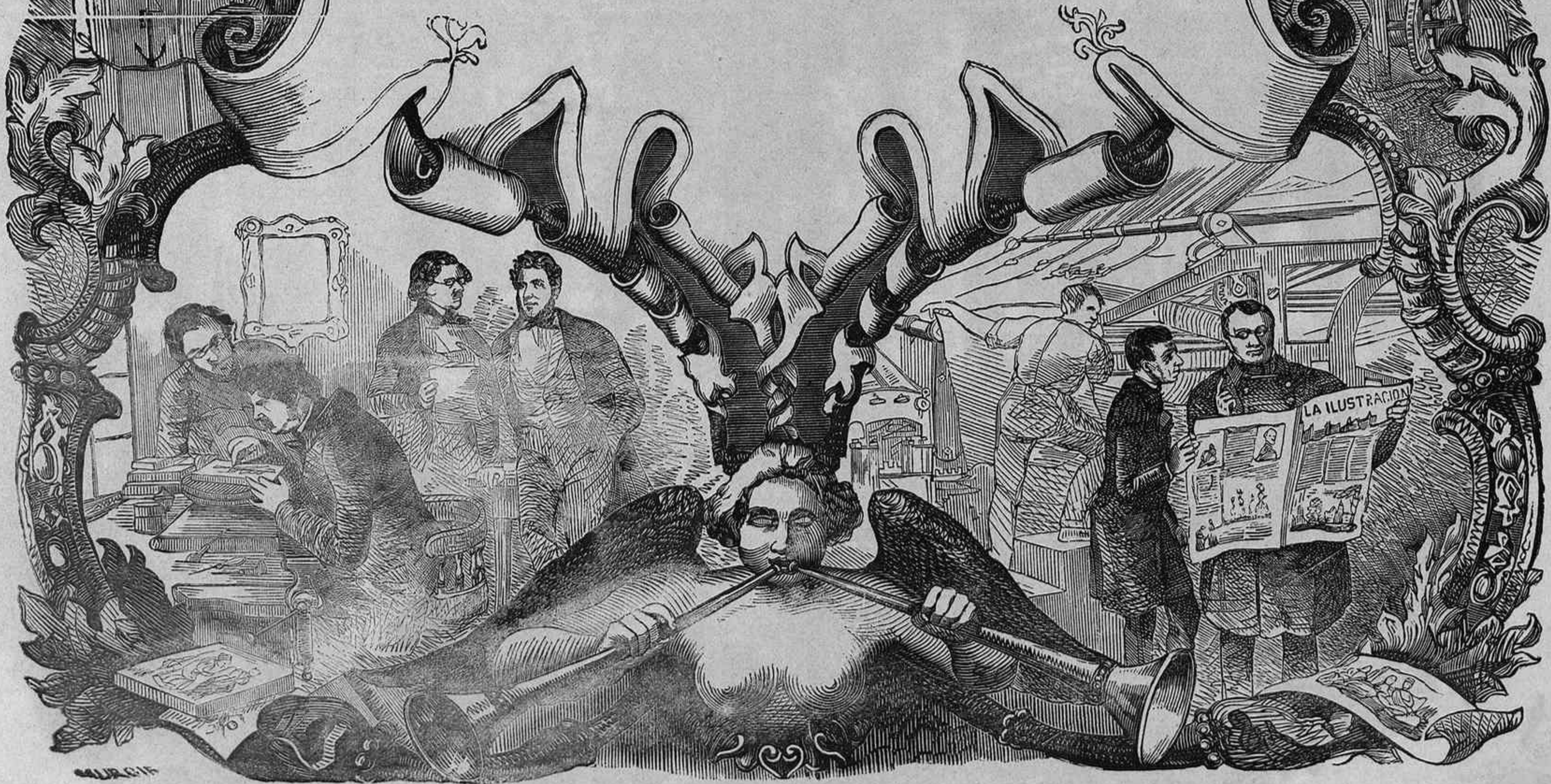
1853.



MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION A CARGO
DE ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

M.DCCCLIII.



EMERC
mero de
ante:....
ola:.....
de volú
cuadern



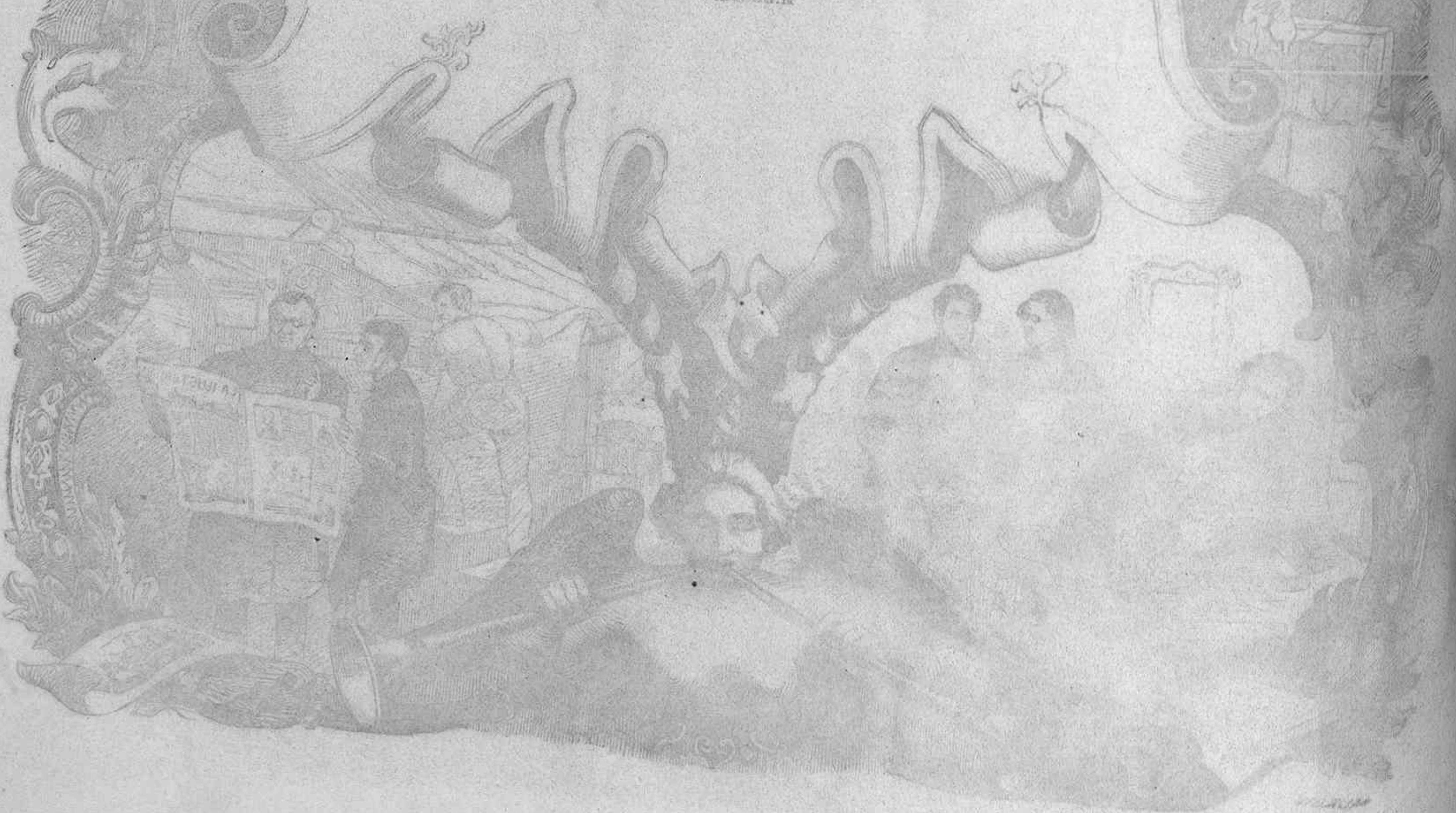
LA
ILUSTRACION.

DIRECTOR Y PROPIETARIO
D. Angel Fernandez de los Rios.
TOMO 31.
PROBADO CON 600 GRABADOS.

1853.

MADRID.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO Y DE LA ILUSTRACION
DE ALFARDEA, YACOBINA, 29.
M.DCCCLIII.



LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 9 rs.

NUM. 201.—SÁBAD 1.º DE ENERO DE 1833.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 60.

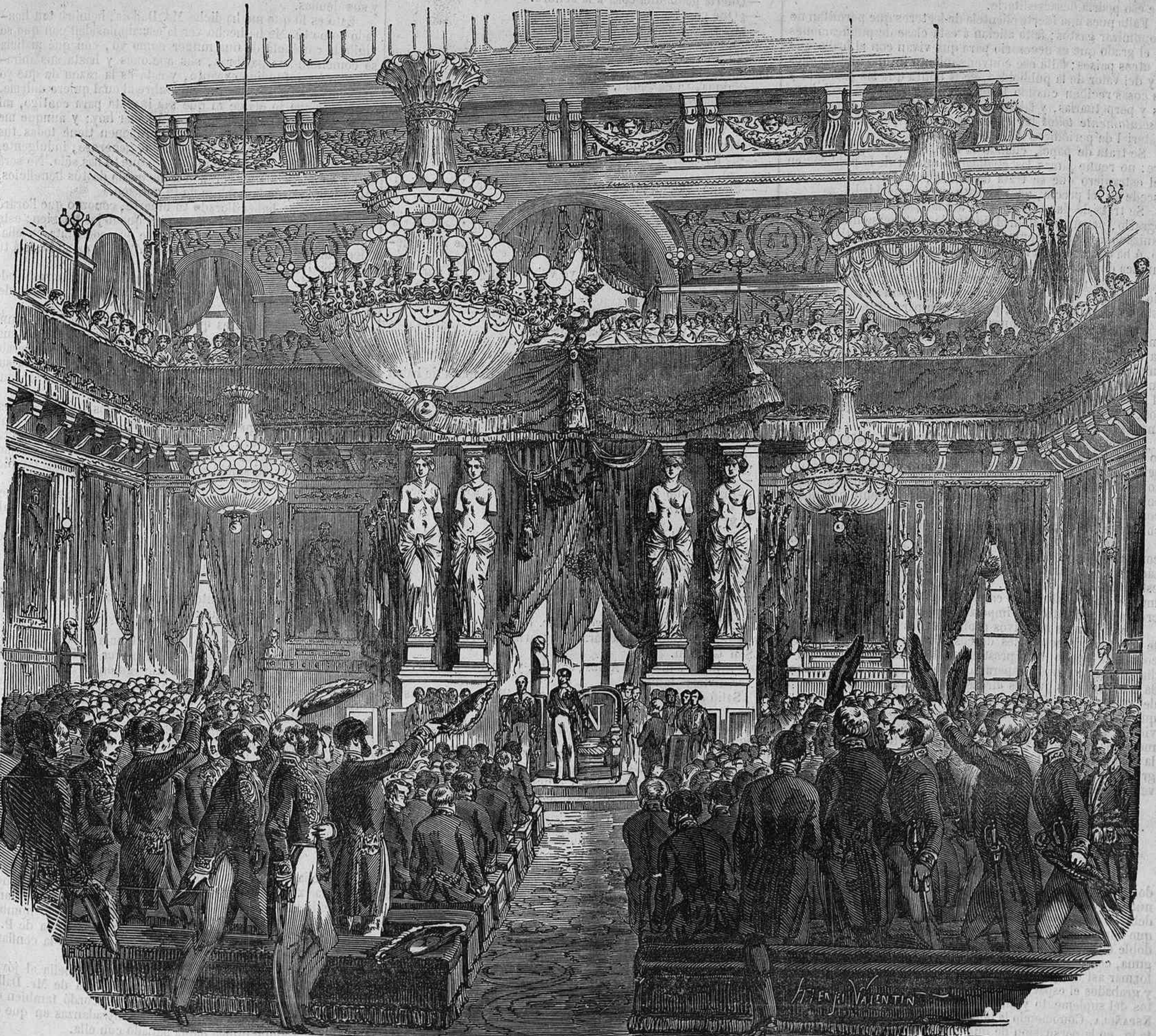
En el pequeño prospecto con que hemos anunciado el tomo de LA ILUSTRACION de este año, decíamos, entre otras cosas: «disponemos de todo lo necesario para hacer un buen periódico pintoresco:» el número con que hoy abrimos este volumen, aunque inferior aun á otros que preparamos, nos

parece viene ya en apoyo de aquella palabra, y ofrece una prueba de que LA ILUSTRACION ha dejado muy atrás la línea á que han llegado en España los mejores periódicos de su género.

Pero esto no nos satisface: nosotros aspiramos á elevar

nuestro periódico á la altura de *Las Ilustraciones* extranjeras: este nuestro propósito requiere algunas esplicaciones, que quisiéramos no olvidaran nuestros lectores.

La Ilustracion de Londres vende treinta mil ejemplares de cada número, y la de París veinticuatro mil: la de Ma-



Luis Napoleón al tomar posesión del trono imperial en la sala de mariscales del palacio de las Tullerías.

drid apenas llega á la cuarta parte de este número. El público acude en el extranjero á apoyar cualquier publicación que acomete una empresa útil y fecunda; nosotros consagramos LA ILUSTRACION á dar una noticia completa y detallada de la Esposicion Universal, el acontecimiento pacífico mas memorable del siglo, acompañada de una riquísima colección de inmejorables láminas, y esta descripción, indispensable á toda persona medianamente ilustrada, que en Inglaterra, Alemania y Francia ha hecho por sí sola la fortuna de las empresas que la han llevado á cabo, no solo no aumenta quinientos suscritores al número que tenía el periódico, sino que á los dos meses de empezada produce quejas de los mismos que se habían abonado por el aliciente de la descripción, y que á los ocho números se cansan de ella.

El precio de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA es infinitamente reducido en comparación de las extranjeras, y todavía el estado de las fortunas del país ó la costumbre general de no emplear en libros sino pequeñas cantidades, hace que aparezca costosa nuestra publicación.

Admiramos en Las Ilustraciones del extranjero esas láminas por medio de las cuales ve el lector reproducido todo lo que ofrece novedad, ya pertenezca al público ó al dominio particular, que apreciando las ventajas de la publicidad, no solo la facilita por todos los medios posibles, sino que hasta la costea; en España, que por hábito profesamos un amor entrañable á dejar las cosas ignoradas, lejos de ser invitados, ó cuando menos bien acogidos cuando se pide un diseño ó una noticia, hay noventa y nueve probabilidades contra ciento de una negativa mas ó menos delicada; se trata de sucesos públicos: jamás la prensa tiene allí su puesto natural, espontáneamente señalado; es preciso acudir á las relaciones particulares y ocultar cuidadosamente el objeto que se propone, como si se tratara de un fraude; se quiere dar un retrato que tiene el interés de actualidad: la legislación no lo permite sin acudir antes respetuosamente al original con una solicitud que, suponiendo sea bien acogida, no obtiene contestación con la urgencia necesaria, para que muchas veces no haya pasado ya la oportunidad. No hay dueño ni dirección alguna de un establecimiento industrial ó empresa notable, á quien se le pase por las mientes ofrecer una vista y una descripción de él, y quiera Dios que tras de no ocurrírsele, no conteste al proponérselo que eso podría desacreditarle.

Falta pues una fuerte clientela de lectores que permitan no economizar gastos; falta afición á esta clase de publicaciones en el grado que es necesario para que vivan con el brillo que en otros países; falta ese convencimiento íntimo que en ellos hay del valor de la publicidad, de la honra que las personas y las cosas reciben cuando la prensa se encarga de archivarlas y perpetuarlas, y faltan, por último, todos los elementos, absolutamente todos los que se necesitan para la ejecución material de periódicos de este género.

Se trata de papel, cuando le hay, que no suele ser siempre: no reúne jamás las cualidades que el de la publicación del extranjero que se trata de imitar, al cual sin embargo escude en el precio, no obstante su inferioridad.

Se trata de dar grabados de actualidad: no hay forma de lograrlo, porque en Madrid no puede sostenerse un taller organizado al efecto, como en el extranjero, y el artista aislado, ó ha de hacer una mala lámina, ó la ha de entregar cuando zarezca de oportunidad.

Se trata de la impresión: no se halla aquí á ningún precio tinta que dé el resultado de la extranjera, no ya para la estampación de grabados, pero ni aun para el testo.

Se adquieren las láminas mas concluidas, se emplea para imprimirlas una máquina de las mejores del mismo autor que ha construido las de esas publicaciones que envidiamos, se emplea tinta alemana, se confía la tirada á las mismas manos que han producido trabajos esmeradísimos fuera de España: el papel se encarga todavía de inutilizar todos estos esfuerzos, descomponiendo el color de la tinta y desluciendo la impresión.

Confesamos que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA marca un atraso lamentable comparada con sus hermanas de otros países; pero creemos poder decir también que esos mismos periódicos que tratamos de imitar no harían mas que nosotros si se encontraran como el nuestro sin un solo elemento que no sea contrario, si no tuvieran mas clientela que la que nosotros contamos, inusitada como es en España.

El presente número, lo repetimos, prueba que nuestra constancia ha conseguido saltar por cima de no pocos obstáculos, para dar un gran paso hacia la perfección; pero ni este adelanto es bastante, ni podemos prometernos avanzar mucho mas en el mismo camino, en tanto que el apoyo no crezca lo necesario. Es imposible hablar con mas franqueza.

Los números sucesivos probarán mas aun que el presente nuestros inmejorables deseos; de las personas que tan constante apoyo han prestado á LA ILUSTRACION, desde el día en que se fundó, esperamos una protección proporcionada á las pruebas que les ofrecemos de que intentamos hacer de nuestro periódico una publicación notablemente mejor que hasta aquí. Que no se contenten con la suscripción individual, sino que la promuevan entre sus amigos, si la creen merecida, y nosotros compareceremos ante ellos en 1854 con la colección en la mano, para que se diga si hemos sido ingratos, ó hemos correspondido bien á lo que ahora nos atrevemos á demandar.

ADVERTENCIA.

Muchos de nuestros suscritores nos han escrito indicándonos la conveniencia de que en vez de dar por separado el número y el suplemento, ó sea LA ILUSTRACION ESPAÑOLA que deben repartirse juntos el primer sábado de cada mes, á los que han adquirido este derecho, hiciésemos un solo número doble con las páginas ofrecidas para ambos, sin division alguna, como que al fin han de encuadernarse unidos, y sobre formar así un tomo mucho mas lucido, se gana para lectura y grabados el espacio que antes ocupaban los encabezamientos del suplemento y ahora ocuparian los de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA. Conociendo la bondad de esta idea, la hemos aceptado, en la persuasión de que no habrá ningún suscriptor que no la reciba bien. Para los que no adquieran derecho al nú-

mero 1.º de cada mes, en esta forma, haremos una edicion especial de solas ocho páginas.

Recomendamos á nuestros lectores la lindísima pieza de música que va en este número: es una composición destinada indudablemente á gozar de popularidad.

LA TEMPESTAD.

La historia que vamos á referir tendrá tal vez algo que la haga aparecer como inverosímil, pero no por esto es menos verdadera. Además es muy reciente, y la escena pasa en París, en la calle de Renty.

Imagínes el lector una de esas habitaciones pequeñas y lindas, hábilmente distribuida, y que en un espacio que cien años hace apenas hubiera bastado para una sala de regulares dimensiones, tiene una antesala de pocos piés en cuadro, un comedor en que las sillas están colocadas alrededor de la mesa con los asientos debajo de ella para no impedir la circulación, un salon para cuyo tamaño se hacen esos diminutos pianos *piccolós*, y un dormitorio en el cual no caben dos personas, á no ser que estén en él como una sola. En esta habitación vive Amelia de Leurtal, viuda joven y linda. Está en su cuarto, dando ese último toque artístico que todas las mugeres saben dar á su traje y adorno, y este traje es de campo, nuevo, sencillo y gracioso.

Sin embargo, Amelia parece que está pensativa al mirarse en la tersa luna de un espejo de medio cuerpo. ¿Creerá que no está bonita, vestida así de muselina blanca? No puede ser, porque imposible sería hallar rostro mas dulce, talle mas esbelto y flexible, piés mas diminutos, y manos mas blancas y delicadas.

Sin embargo su preocupacion es tan profunda que dos lágrimas brotan de sus ojos, y no repara en que su criada, después de haber arreglado la habitación con la mayor exactitud, no sale de la habitación y finge limpiar átomos de polvo que no existen.

Por fin notó Amelia que no estaba sola y dijo á la criada:

—¿Qué espera V., Justina?
—Quería pedir una cosa á la señora.
—¿Qué cosa?
—¿La señora va hoy á San German?
—Sí.
—Ya no volverá en todo el día, y por consiguiente no me necesitará.

—Vamos, ya entiendo, ¿querrá V. salir?

—Sí señora. Es hoy domingo, todos los criados del cuarto principal van á pasar el día á Versailles, y me han convidado.

—Y V. ha aceptado por lo que veo, puesto que está V. ya vestida para salir.

—Me he vestido por precaucion... por si la señora me daba permiso.

—Bueno, bueno, en cuanto yo salga se podrá V. marchar.

—Es que...

—¿Qué es eso?

—Es que se marchan dentro de un cuarto de hora.

—Ah! si no es mas que eso, márchese V., que no la necesito.

—Oh! mil gracias, señora... yo volveré temprano para desnudarla á V.

—Está bien.

—¿Querrá V. cenar?

—Ya sabe V. que no acostumbro.

—No importa, prepararé alguna cosa.

—Bueno, bueno.

Justina salió de la habitación, y Amelia, después de haber visto en el reloj de sobremesa que no eran mas que las diez, pasó á la sala y se quedó otra vez pensativa arreglando algunos pliegues del vestido, asegurando una pulsera, y alisando su negra cabellera.

Justina volvió á entrar.

—Me marcho, señora.

—Bueno.

—Puesto que tiene V. la bondad de salir sola, no se olvide V. de cerrar bien la puerta.

—Sí, sí.

—Haga V. el favor de cerrar bien todas las ventanas, porque el tiempo no está seguro, y si hubiera una tempestad se llenaría la sala de agua.

—Lo haré.

—¿Le diré al portero que si viene alguien á verla á V. le deje subir?

—Sí, el dependiente mayor de Mr. Dallois, ese anciano que se llama Mr. Cambet, vendrá á buscarme para acompañarme á San German.

—Entonces me voy. Adiós, señora, y muchas gracias. Que V. se divierta tambien.

Salió Justina, y una sonrisa melancólica asomó á los labios de Amelia al oír el deseo de su criada.

Cuando se quedó sola miró con tristeza á su traje nuevo que estrenaba aquel día.

Era el primer traje claro que usaba después de trece meses de viudez: se sentó enfrente de un retrato que representaba á un hombre de unos cincuenta años, y se puso á considerarle, ocurriéndola los pensamientos que vamos á transcribir.

—¡Ah Leurtal, has sido para mi un amigo noble y un buen marido!

Me encontrastes huérfana, acogida por la filantropía de una tía que al darme una educacion brillante solo se acordó del rango que ocupaba en la sociedad. Se había olvidado de que la fortuna que poseía se iría con su vida, y que por consiguiente me dejaría tanto mas pobre, cuanto mayor era la riqueza con que vivía; y tanto mas abandonada, cuanto que me acostumbraba á vivir en una sociedad en que un nombre, por noble que sea, no es una recomendacion de grande importancia cuando es una muger la que le lleva.

Los hombres son dichosos. Antes á los hijos mayores se les daban todos los bienes de la familia, hoy en día, cuando sucede que son pobres, tienen cuasi un dote con el nombre que pueden dar á una muger. Hay todavía muchas mugeres del pueblo que compran títulos de marquesas ó vizcondesas,

pero qué le importa á un banquero casarse con la hija de un Noailles ó de un Monmorenci, y si esta ha de llamarse la señora de Dupont ó de Durand?

Tú, Leurtal, has previsto eso, y me ofrecistes tu modesta fortuna y tu buen nombre, puro y sin tacha, para evitar las consecuencias de tan triste porvenir.

Dios permitió que en medio de los placeres bulliciosos á que me arrastraba mi juventud, resonara con mas fuerza en mi oído la voz paternal de prudencia, que la de la vanidad que podían inspirarme los homenajes que me halagaban. Bien me lo has recompensado: durante los dos años que hemos pasado juntos, he disfrutado dicha y tranquilidad, y cuando nos ha separado la muerte, he visto que habías asegurado á tu viuda todo lo que te habian de... o las revoluciones, de la que fué tu inmensa fortuna.

Ah! cuánta gratitud me han inspirado todas estas acciones! Ese luto que hoy me quito le llevaré siempre, sin embargo, en el corazón, no como el de un marido á quien se olvida al contraer nuevo enlace, sino como el de un bienhechor, de un padre, y un padre no es fácil reemplazarle.

Perdóname el paso que voy á dar hoy, perdóname que haya cedido á los consejos del amigo á quien has confiado mi suerte y mi fortuna.

Oh! apenas dejo el traje de luto, cuando voy ya á una entrevista en que se hallará un hombre con el cual quieren casarme!

Es que tu amigo me ha dicho las palabras que me decías tú. Me ha dicho que si tú me habías librado de la pobreza, no me habías puesto al abrigo de la calumnia mientras fuera yo joven y agraciada, ni al abrigo de la soledad cuando deje de serlo.

Ah! si hubiéramos tenido un hijo, nunca hubiera yo llevado mas nombre que el suyo; un hijo, aunque esté en la cuna, protege mucho á su madre, porque siente mas energía, mas confianza en su suerte.

Pero yo estoy sola, espuesta á las incansables persecuciones de todos los hombres ricos, para quienes una querida que tiene una posición regular en la sociedad y una libertad completa, es una posesion apetecible y desprovista de toda clase de peligros; espuesta á las sórdidas adulaciones de esos tramposos de buen tono, que no tienen mas fortuna que su elegancia prestada, y que me darían muy gustosos su nombre y sus deudas.

Esto es lo que me ha dicho Mr. Dallois, hombre tan honrado como tú. Me ha hecho ver la escrupulosidad con que se vigila la conducta de una muger como yo, con qué malicia se comentan sus palabras, sus acciones y hasta sus miradas. Me ha infundido espanto, y esta es la razon de que yo vaya hoy á su casa para ver el hombre al cual quiere unirme.

No es que te olvide ni que sea ingrata para contigo, mi buen y noble esposo, lo que voy á hacer hoy; y aunque me han dicho que el hombre que me proponen tiene todas tus cualidades, que es como tú delicado, generoso, indulgente, no será nunca para mí, te lo juro, lo que tú has sido. No será capaz de horrar de mi corazón el recuerdo de tus beneficios, de tu bondad, de la nobleza de tu corazón.

Después de haber llorado tu muerte, conoqué que lloraré la pérdida de tu nombre, que tendré que dejar tambien; esta será una separacion mas, perdóname que consienta en ella. Tiene un fin honrado, ¿no es verdad? y no censurarás á tu hija adoptiva, á tu Amelia!

Hablando así consigo misma, Amelia se habia resbalado blandamente del sillón y habia caído de rodillas delante del retrato.

Lágrimas abundantes que solo eran ocasionadas por una tristeza sin desesperacion y sin remordimientos, corrían suavemente por su rostro dulce y bello. Parecía que esperaba una respuesta de aquel lienzo inanimado en que fijaba sus miradas, cuando un campanillazo la sacó de su preocupacion.

Se levantó con viveza, se limpió los ojos y se miró al espejo para ver si la persona que iba á entrar notaría que tenía los ojos encarnados. Pero la emociion que habia experimentado, aunque profunda, habia sido tranquila; y no habia dejado señal alguna en su semblante. Amelia, tranquilizada tambien sobre esto, esperó.

Sin embargo nadie entraba, y otro campanillazo mas fuerte que el primero recordó á la señora de Leurtal que estaba sola en su casa.

Fué á abrir la puerta, y halló á un joven que la saludó algo turbado, diciendo:

—¿La señora de Leurtal?

—Soy yo, caballero.

El joven la entregó entonces una esquila abierta; Amelia la tomó y leyó lo que sigue:

«Señora: Cartas de mucha importancia para los negocios de Mr. Dallois, me obligan á permanecer en París hasta las tres de la tarde lo menos, por consiguiente ruego á V. que me dispense si no puedo tener el honor de acompañarla á San German. He confiado este encargo á Mr. Anselmo Ferron, uno de nuestros dependientes, que va á San German á comunicar á Mr. Dallois las cartas que he recibido. Le haré llegar sobremanera el sérvirla á V. de acompañante, y desempeñará mejor indudablemente esta comision que un oficinista viejo como yo, que me veo muy atado cuando tengo que abandonar mi banqueta y mis libros en partida doble.»

«Tengo el honor de ser con el mayor respecto, su obediente y humilde servidor.»

P. P.

LUIS CMBET.

Amelia conoció la letra y la firma de Mr. Cambet, que la enviaba exactamente cada tres meses la pension de los fondos que tenía impuestos en casa de Mr. Dallois, y que olvidando que escribía esta vez por casualidad en su propio nombre, habia observado por costumbre la famosa fórmula de P. P. (por poder), que atestiguaba al orbe comercial la confianza ilimitada que depositaba en él su principal.

Después de haber leído la carta, miró Amelia al joven; recordó haberle visto una ó dos veces en casa de Mr. Dallois en las reuniones que daba el banquero; recordó tambien que le habia visto bailar siempre en las contradanzas en que ella figuraba, aunque nunca habia bailado con ella.

Entonces salió de la sala para ir á abrir; pero se detuvo al ver á Mr. Ferou, que se dirigia hácia ella andando de puntillas.

—¿Que es eso? le preguntó.
—Calle V., dijo Anselmo en voz baja.
—¿Pero qué hay?
—¿Abriré?
—¿Por qué no?
—¿Por qué será quizás alguna visita que la entretendrá á V. mucho tiempo, y como tiene V. prisa de marcharse á San German, pudiera incomodarla á V.

Amelia se encogió de hombros riéndose, y contestó:
—Puesto que no ha abierto V., inútil es hacerlo ya.
—Entonces voy á buscar el carruaje, dijo Anselmo dirigiéndose hácia la puerta.

—Espere V. por lo menos á que la persona que ha llamado tenga tiempo de llegar abajo; le dijo Amelia deteniéndose.
—Es verdad, es verdad, respondió Anselmo volviendo á la sala; voy á asegurarme de que ha salido.

Y se asomó á la ventana para mirar á la calle.
La señora de Leurtal le miraba sonriéndose; Anselmo aparecía á sus ojos tan sencillo y tan original, tan franco y alegre, que se hallaba casi á gusto en su compañía; no le guardaba rencor por sus extravagancias, y llegaba hasta figurarse que aquel carácter brusco y abierto debía ocultar un corazón muy noble. Le perdonaba gustosa sus sátiras contra Mr. de Fortis, y se complacía en observar minuciosamente sus movimientos de infantil impaciencia, cuando le vio retirarse bruscamente de la ventana.

—Por cierto, dijo Mr. Ferou, que he hecho perfectamente en no abrir la puerta, porque la señora Davin es la charlatana mas insufrible que hay sobre la tierra.

—Y la muger mas malvada tambien.
—Tenia V. conversacion lo menos para dos horas.
—Está V. seguro de que era ella.
—Yo lo creo! al atravesar la calle ha levantado la cabeza, y la he conocido perfectamente.

—¿Ha levantado la cabeza, y V. la ha conocido? dijo Amelia: y de repente, como si cruzara por su mente una idea terrible, le preguntó vivamente: ¿pero ella habrá podido tambien verle á V. y conocerle?

—Y bien, señora?...
Al oír esta pregunta, Amelia se quedó como anonadada ante la imposibilidad de Mr. Ferou, pero no tardó en estallar su cólera, diciéndole:

—Y bien, caballero!... que va á decir en todas partes, y tiene derecho para ello, que ha venido á mi casa, que estaba yo en ella, y el portero se lo habrá dicho puesto que ha subido. Dirá que estaba yo sola, encerrada con un hombre: el portero se lo habrá dicho tambien cuando ha bajado.

Dirá que no he querido abrir la puerta; dirá que ese hombre era V., porque le ha visto á V. en mi ventana, y ella no ha mirado á esa ventana sino porque la han dicho que había álguien conmigo.

Cuando se va á hacer una visita y no se encuentra á nadie en casa, no se levanta la cabeza para mirar á una ventana y espiar, sino cuando se tiene un mal pensamiento. ¿Luego la señora Davin tenia ese mal pensamiento?

—Pero, señora, ¿que mal pensamiento quiere V. que tenga? preguntó Anselmo, absorto ante la cólera y el dolor de Amelia.

—¿Qué mal pensamiento? repitió esta; pero, caballero, continuó diciendo casi enfurecida: ¿en qué piensa V.?... yo no le entiendo, ó es V. muy loco, ó muy malvado.

—Señora, exclamó Anselmo, soy un hombre de bien.
—Pues en ese caso, por qué me pregunta V. qué mal pensamiento tendrá la señora Davin, porque en fin, puesto que hay que decirsele á V. todo, puesto que nada comprende V., un jóven y una muger encerrados juntos en una habitacion, y que no abren la puerta cuando llega una visita... ¿á qué suposicion dan lugar?... ¿qué se podrá decir de ellos?... ¿no adivina V. lo que se podrá decir?...

El semblante de Anselmo permaneció un momento aun con la expresion de la sorpresa. Después pareció que se le ocurrió una idea, porque palideció su rostro y frunció el entrecejo.

—¿Lo cree V., señora? dijo entonces con voz alterada y sombría. ¿Cree V. que se atreva á calumniarla?

—Y lo duda V.? Pues sí, lo habrá hecho ya regularmente. Si la señora Davin ha encontrado algun conocido á quien decir lo que ha sucedido, lo habrá hecho ya. Habrá hecho mas aun, no habrá esperado tener algun encuentro, sino que habrá ido á buscar alguna ocasion de calumniarme.

Mire V., añadió Amelia con furor y desesperacion, dejándose llevar por el encarnizamiento con que se complace la imaginacion en prever todas las consecuencias de una desgracia; mire V. otra vez por esa ventana: apuesto á que la señora Davin ha entrado ahí enfrente, en casa de su digna amiga la señora Ribert; apuesto, caballero, á que á estas horas hay espías colocadas detrás de las persianas de su cuarto para verle á V. salir de mi casa.

Anselmo se pasó la mano por la frente con una expresion de reconcentrada cólera, y después profiriendo sordamente una exclamacion como para alejar de sí la angustia terrible que le oprimia, repuso con tono mas tranquilo:

—En verdad que es imposible eso; una casualidad como esta, una circunstancia tan pueril no mancilla la reputacion de una muger honrada. Permítame V. que la diga, señora, que sus temores de V. son descabellados; además no hay alma tan ruin y baja que de una explicacion tan infame á la cosa mas natural del mundo.

—¿Lo cree V. así? replicó Amelia, cuya cólera habia sido reemplazada con amargo llanto. Pues bien: suponga V. que ese lance le hubiera sucedido á V., que hubiera ido á visitar á una muger, que le hubieran dicho á V. lo que probablemente le habrán dicho á la señora Davin, que esa muger estaba sola en su casa con un hombre; supongamos que hubiera V. subido, que hubiera acaecido todo, en fin, cual acaba de suceder: ¿qué hubiera V. pensado?

—¿Qué sé yo! dijo Anselmo; quizá no hubiera reparado en ello.

—Pero suponga V., caballero, que esa muger hubiera sido su esposa de V., su hermana, ó... su amada: ¿no hubiera usted reparado en ello?

—Indudablemente, señora, en tales circunstancias, los celos, el temor de ver comprometida mi honra, me hubieran hecho estraviarme hasta el extremo de concebir... no diré precisamente sospechas, pero temores... que quiere V. que diga. En este momento no son las circunstancias iguales, porque aquí no hay ni un marido, ni un hermano, ni un amante que pueda estar interesado en saberlo y explicarlo todo.

—¿Y cree V., caballero, dijo Amelia que se habia dejado caer en una butaca, que solo el amor es celoso? ¿Cree V. que la envidia no es tan curiosa como el cariño, y que la señora Davin no comentará ya en este momento con malicia y mala intencion esta circunstancia frívola cuya explicacion buscaria un marido ó un amante con desesperada cólera?

Anselmo no halló sin duda razones que oponer á este argumento, y empezó á recorrer la sala con precipitados pasos, oprimiendo los puños, y exclamando colérico:

—¡Oh! desgraciada de ella si se atreve á decir ni una palabra; desgraciada de ella si trata de mancillar su reputacion de V.; me vengaria cruelmente de esa muger, porque tengo medios para causar su perdicion.

—¿Puede V. causar su perdicion? preguntó Amelia.
—Sí señora, puedo, dijo Anselmo dejándose llevar de su cólera sin notarlo; yo sé mejor que nadie que toda su virtud no es mas que hipocresia; tengo pruebas de ello escritas de su puño, tengo cartas suyas.

—¿Cartas suyas?
—Cartas suyas, dirigidas á mí.
—¿A V., dijo Amelia mirándole cara á cara; á V... su amante sin duda?

—A mí que lo he sido como otros muchos...
Amelia cruzó las manos con desesperacion, y exclamó dolorosamente:

—¿A qué estado me veo reducida, á poner mi honor bajo la proteccion de la infamia de esa muger!... Caballero, no sé lo que podrá suceder, pero salga V. de mi casa, salga V. le digo.

—Cálmese V., señora, cálmese V.
—Salga V., gritó Amelia levantándose erguida y con fiereza; olvida V. sin duda que yo no le he reconocido á V. los derechos que le concede su querida.

Anselmo trató de disculparse, pero la señora de Leurtal abrió la puerta de la sala, y con un gesto imperioso le hizo seña de que saliera.

En la turbacion de ideas que se hallaba Anselmo, obedeció maquinalmente; se dirigió hácia la puerta, mientras que Amelia le seguia con una iracunda mirada; pero apenas la hubo abierto, cuando se encontró con el portero de la casa, que le preguntó:

—¿Es V. Mr. Ferou?
—Yo soy, contestó Anselmo.
—Tome V. esa esquila que me han dado para V., repuso el portero tirando de la puerta para cerrarla, y murmurando: bien sabia yo que estaban en casa.

Este incidente habia detenido á Anselmo; permanecia inmóvil, teniendo la esquila en la mano sin mirarla, y Amelia no le perdía de vista.

Después de este breve instante de detencion, Anselmo puso la mano en el picaporte para abrir la puerta, y al mismo tiempo miró al sobre de la carta. Al ver la letra se estremeció, y exhalando una exclamacion de rabia, abrió la puerta; pero mas pronto que él, la señora de Leurtal la cerró con violencia, y colocándose delante de él, le dijo resueltamente:

—¿Qué carta es esa, caballero?
—Señora... no lo sé.
—¿Qué carta es esa que ha venido á buscarle á V. hasta aquí?

—Pero...
—¿Quién sabia que estaba V. en mi casa á estas horas, sino la señora Davin?
—Puede V. creer...
—Esa carta es de la señora Davin.
—Juro á V...
—¡Oh! no mienta V., caballero: lo he sospechado al ver su turbacion de V. cuando miró al sobre, y ahora me afirmo mas en ello al ver la palidez que cubre el semblante de V.

—Pues sí, señora, sí, dijo Anselmo con tristeza y dignidad. Es de la señora Davin; pero crea V...
—Quiero ver esa carta.
—Señora, tranquilícese V.

—¡Ah! caballero V. me ha hecho aparecer como la rival de esa muger: quiero por consiguiente ver su carta.
—Tómela V., ignoro lo que contiene, y ruego á V. no me haga responsable de lo ofensivo que pueda haber en ella.

Amelia tomó la carta sin contestar, rompió el sello, y leyó los primeros renglones con avidez; después continuó la lectura con mas lentitud; una expresion de melancólica turbacion se retrató en su rostro, reemplazando la animacion exaltada y dolorosa á que se habia dejado llevar.

Después se quedó un momento pensativo, como si la fuera difícil coordinar sus ideas. Por fin dobló la carta, se la metió en el pecho, y le dijo á Anselmo con voz baja y conmovida:

—Entremos un momento, caballero, entremos.
Pasaron á la sala; la señora de Leurtal le indicó á Anselmo que se sentara en una butaca, y ella lo hizo en otra próxima á él; sin duda tenia muchas cosas que decirle, pero parecia muy indecisa sobre el modo de entablar de nuevo la conversacion después de lo que habia pasado; él por su parte tampoco se atrevia á hacerla preguntas relativas á la carta que acababa de leer y guardarse.

El silencio iba siendo muy engorroso para ambos, y Anselmo se decidió por fin á romperle.

—Señora, puesto que esa carta que parece debia ser para V. un nuevo motivo de cólera contra mí, ha producido un resultado que yo no esperaba, pues que me ha valido el favor de no salir de su casa de V. arrojado como un miserable, permítame V. que aproveche tan feliz coyuntura para justificarme.

—Con mucho gusto, Mr. Ferou, dijo vivamente Amelia, viéndose libre por este medio de hablar la primera; vamos á ver qué dirá V. para justificarse.

—Para justificarme, señora, dijo Anselmo exhalando un suspiro, en verdad que no lo sé, porque estoy pensando cuál ha sido mi delito.

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—Sí señora, y no lo sé, porque al fin, ¿que he hecho yo? vine... la lluvia nos ha detenido, hemos hablado, han llamado á la puerta, no he abierto, y... ¡esto es todo!

—Y hay una muger que me juzga como su querida de V... ¡y eso es todo! me ha comprometido V., ha mancillado V. mi reputacion... ¡y eso es todo!

La calma con que pronunció Amelia estas palabras confundió á Anselmo; creyó que ocultaba la fria resolucion dictada por una desesperacion violenta, y respondió al instante.

—¿Lo he hecho yo, señora, es cierto eso?
—Sí señor, es tan cierto que lo prueba esta carta.
—Pues bien, dígnese V. escucharme un momento. Voy á decir á V. todo lo que puede espresar un hombre de bien.

—Ya escucho á V., caballero.
Anselmo hizo un esfuerzo y empezó á hablar con voz alterada.

—Soy hijo del cochero de Mr. Dallois. Mi padre murió estando en su casa, y salvándole la vida. En el momento en que su amo iba á morir en un precipicio, arrastrado por unos caballos fogosos que habia querido él guiar y se habian desbocado, se arrojó á las cabezas de los caballos y los detuvo, pero murió al instante del golpe tremendo que le dió la lanza del coche en el pecho.

Tenia yo entonces seis años; Mr. Dallois me recogió en su casa, me metió en un colegio, en el cual hice mis primeros estudios, y después en la escuela Politécnica, de la que pensaba salir para entrar en el colegio militar de Metz, cuando Mr. Dallois me dijo que deseaba tenerme á su lado y confiarme el cuidado de algunos negocios. Hace ya de esto cuatro años.

—Lo sé, caballero, dijo Amelia; pero no me dice V. cuál fué el motivo que tuvo Mr. Dallois para decidir el que V. no siguiera la carrera de las armas.

—¿Qué importa, señora? Nada puede influir eso con respecto á lo que tengo que decir.

—Podrá ser; pero quiero saberlo todo.
—Entonces lo diré. Fué con motivo de una cuestion en la cual, Mr. Dallois, hombre de sesenta años, fué cobardemente insultado delante de mí por un jóven de veinticinco. A pesar de su edad avanzada, Mr. Dallois pidió una satisfaccion á aquel miserable, que tenia fama de manejar las armas con suma destreza. Dejé creer á mi bienhechor que podría obtener por sí mismo la satisfaccion, pero aun no habia andado cien pasos su adversario, cuando le alcancé, le insulté, le pegué de bofetadas y le escupí al rostro, obligándole por la gravedad de mis injurias á satisfacer antes conmigo su furor por los desafíos.

Para salvar á Mr. Dallois tenia yo que evitar mi muerte, porque sino, muerto yo hubiera ido el día siguiente á buscarle para batirse; por consiguiente era preciso evitar el segundo lance. Esta es la razon por la cual maté á aquel hombre, y me aproveché sin remordimiento de una destreza en las armas que tan despreciable consideraba en mi antagonista.

Entonces fué, segun dije antes, cuando Mr. Dallois me llamó á su lado. Desde aquel tiempo he permanecido en sus oficinas con el sueldo que ha querido darme, no esperando heredar de nadie, y renunciando á hacer fortuna por mí mismo mientras fuesen necesarios mis servicios á Mr. Dallois, en cualquiera condicion subalterna en que me haga permanecer, porque á él le debo lo que soy, y solo de esta manera puedo manifestarle mi gratitud.

—Esa abnegacion le honra á V., caballero; ese olvido voluntario de sus propios intereses, corresponde á la conducta que ha observado V. desde el principio con Mr. Dallois. Permítame V. ahora que le pregunte qué debo yo inferir del relato que acaba V. de hacer.

Anselmo titubeó un momento antes de responder, pero se revistió de valor y prosiguió:

—Puede V. deducir lo siguiente, señora: soy hijo de un pobre sirviente, es decir, soy menos aun que el hijo de un pobre labriego; soy uno de los dependientes mas subalternos de un banquero opulento, es decir, un hombre que vive de un salario muy reducido. Ahora bien, si es cierto que yo he comprometido la reputacion de V., si es cierto, como V. decia hace poco en un momento de desesperacion, que la he perdido á V., puedo yo decirle: por via de reparacion, señora, acepte V. mi nombre, que ha sido el de un criado, V. que ha heredado de su familia y de su esposo nombres ilustres; comparta V. mi fortuna, que es la de un mercenario, V. que tiene una fortuna heredada; ¿puedo decir á V. esto, repito, sin ser un insensato, sin esponerme á que V. me rechace desdeñosamente? ¡Ah! qué bien ha hecho V. en echarme... es menester echar á los criados... Echeme V., señora, écheme V.!

Al pronunciar Anselmo estas palabras, lágrimas ardientes, abrasadoras, corrian por sus mejillas, y en vano trataba de ocultarlas llevando á los ojos sus puños crispados por tan violenta emocion.

—No señor, le dijo Amelia, no se arroja así á un hombre dotado de un corazón noble, sea cual fuera el nombre y condicion de su padre, sobre todo cuando el crimen y el vicio no le han mancillado.

—¿Qué dice V., exclamó Anselmo levantándose, no me echa V.?...
—Ya lo he dicho: no se echa á un hombre así, pero no se acepta...
—¡Ah! ¡ya lo entiendo! dijo Anselmo con amargura.

—Déjeme V. concluir, caballero. No se acepta, digo, una reparacion por ofensas que, como V. ha manifestado, no existen. No acepto la vida y el porvenir de un hombre, y no le entregaré la mia, porque una casualidad me haya puesto en una posicion falsa: el amor puede hacer y aceptar ese sacrificio, pero V. no me ama, caballero, V. no me ama.

—Señora!... dijo Anselmo con profunda tristeza y turbacion, no me pregunte V. eso, porque la diré á V... que la amo!

—¿Me ama V., caballero? preguntó Amelia sonriéndose.
—¡Oh! hace mucho tiempo, desde la primera vez en que la vi á V., y entonces la amé á V. porque la vi hermosa, amable, encantadora; después, cuando supe por otros lo que era V., porque nunca me atreví á aproximarme á V., la amé por su virtud y por la nobleza de su corazón. La amé á V. recordándola y llorándola, porque esperé obtenerla á V. y la perdí.

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

—¿Cómo, caballero, está V. pensando cuál ha sido su delito?

Me atreví á confesar mi amor á Mr. Cambet; le dije que por merecer la mano de V. sentía en mí el valor suficiente para adquirir riquezas y honores si era preciso. Pero su sano juicio me hizo medir la distancia que nos separaba, y deseché todas mis esperanzas para seguir solo y aislado en mi carrera de abandono y de servidumbre!



La tempestad.

Anselmo se calló, y Amelia, cuyo corazón latía violenta y precipitadamente, tenía los ojos bajados y callaba también.

—Y ahora, señora, ¿qué desea V., que me ordena, cómo puedo reparar el mal que involuntariamente la he ocasionado?

—¿Pues no me ha dicho V. que solo hay una reparación que pudiera convenir en el presente caso?

—Indudablemente, señora, respondió Anselmo con turbada y angustiada voz; pero también V. me ha dicho que para merecerla y aceptarla era menester que existiera amor... yo la amo á V. hace ya tiempo...

—Y yo desde ahora, dijo Amelia tendiéndole la mano.

—¿Eh?... ¿Qué?... ¡No!... ¿Es cierto?... Amelia... ¡Señora!... exclamó Anselmo levantándose y mirando cuanto le ro-



La tempestad.

deaba como un hombre que acaba de recibir un golpe violento de una mano invisible.

Después fijó sus ojos preñados de lágrimas en Amelia, y la preguntó:

—¿Oh! ¿dígame V. si estoy loco?

—¿Algo hay de eso! contestó Amelia sonriéndose; pero tome V. un calmante.

Y al decir esto le entregó la carta de la señora Davin; Anselmo leyó lo siguiente:

«Dispenseme, caballero, que vaya á turbar con una carta inoportuna la placentera dicha que está V. disfrutando, pero ya comprenderá V. que no puede conservar mas tiempo en su poder unas cartas que en lo sucesivo podrian comprometer á V. tanto como á mí.

«Por fin ha conseguido V. ser el fugitivo esposo de la viuda de Leurtal. Desde el primer día en que la vió, comprendí que la amaba V. Sus pertinaces negativas acabaron de probarmelo. Sin duda será una persona de mucho mérito esa señora de Leurtal, puesto que para que V. pueda aspirar á su mano, se decide M. Dallois á adoptarle...»

—¿A mí! exclamó Anselmo, ¡a mí!...

—Contínúe V., dijo Amelia.

Anselmo, á quien tanta dicha le parecía un sueño, continuó la lectura de la carta, y no pudo reprimir una sonrisa de desprecio al leer el siguiente párrafo:

«Sé que por ella se decide á dar su nombre al hijo de V. su... (No escribo esta palabra por mi propio decoro) cuando no creyó deber dársele al deberle la vida hace unos cuatro años.»

«He sabido la noticia hace horas, por Mr. de Fortis, que no ha querido permanecer en San German para ser espectador de las sentimentalidades y sorpresas de todas clases que le preparaban á V., porque no puedo creer que ignore los proyectos de Mr. Dallois, como lo supone Mr. de Fortis. En todo caso creo que podrá pasarse sin la dicha que le espera en el campo, y que le bastará á V. la que está disfrutando en París.»

«Admita V. mis felicitaciones por todo, y permítame que le recuerde que las cartas que he escrito á Mr. Ferou no iban dirigidas á Mr. Ferou Dallois.

«Soy de V. atenta servidora,

»EMILIA DAVIN.»

Quando Anselmo concluyó de leer la carta, permaneció un instante inmóvil. Tenía el corazón y la imaginación tan embargados por la dicha y la sorpresa, que en vano trataba de coordinar sus ideas para adquirir el convencimiento de que era cierto cuanto le pasaba. Estaba pálido, su cuerpo tembla-



Medalla con que el Ayuntamiento de Barcelona ha premiado dos proyectos de la Plaza Real.

ba como el de un azogado, y parecía próximo á caerse desmayado, cuando sacudió enérgicamente su emoción y exclamó como fuera de sí:

—¡Oh! no quiero morir!

—¿Qué dice V.? gritó Amelia aproximándose á él.

Anselmo la cogió entre sus brazos, y estrechándola sobre su corazón, la dijo mirándola con toda la avidez del amor:

—¡Oh! es cierto, ¿no es así, Amelia!

Esta bajó los ojos, sonroseándose su bellissimo rostro, y contestó con balbuciente voz:

—¡Sí... Sí... señor!...

—¿Dice V. sí señor?

Levantó lentamente la vista hacia él; y contestó con dulzura:

—¿Sé yo acaso el nombre de V.?

Se inclinó Anselmo hacia ella, y no podremos asegurar si el leve rumor que sonó entonces fué el nombre de Anselmo que pronunció, ó el ruido de un beso que estampó en aquella frente tersa y pura.

Además un ruido atronador producido por la campanilla violentamente agitada, vino á interrumpirles.

Quizás no hubieran abierto, pero el ruido siguió con mas violencia, acompañado de golpes dados en la puerta.

Anselmo y Amelia fueron á abrirla juntos, y se quedaron parados al ver á Mr. Cambet, que entró muy agitado.

—¡Ah! ¡están VV. ahí! me alegro infinito... ¿parece que lo saben VV. todo ya?

—Todo, dijo Anselmo, todo lo sabemos.

—Dos convoyes detenidos en el ferro-carril, añadió Mr. Cambet, diez personas heridas, y cuando dicen diez, es que son ciento.

—O una, contestó Anselmo.

—¡Una! ¡una! exclamó Mr. Cambet; ¿cree V. que en sus infernales caminos de hierro suceden desgracias de una sola persona? No, no, las calderas no saltan para una sola persona. Sea lo que quiera, haya habido una, diez ó cien desgraciados, VV. no se cuentan en el número de ellos, y esto es lo que importa. ¡Ah! ¡hemos estado con una ansiedad cruel cuando hemos sabido la ocurrencia en San German, y no hemos visto á VV. llegar. ¡Hubiera estado alegre la fiesta!

—¿Qué fiesta? preguntó Anselmo.

—¡La fiesta! ¿qué sé yo?... he dicho la fiesta... como hubiera podido decir cualquiera otra cosa... Lo cierto es que

he tomado el carruaje de Mr. Dallois, he reventado los caballos para venir mas pronto, y ahora me voy á llevar á VV.

—¿Cómo ha de hacer V. eso último, si han reventado los caballos? dijo Anselmo, que se complacía en atormentar á Mr. Cambet.

—Porque me han dado palabra de no morirse hasta que



La tempestad.

lleguen á San German, contestó Mr. Cambet imitando el tono zumbón de Anselmo.

—Y ha jurado V. callarse hasta llegar allí, ¿no es verdad, anciano? preguntó de nuevo Anselmo.

—¡Callarme!... ¿sobre qué?

—¿Sobre qué?

En este momento Amelia, que había ido á arreglarse por tercera vez, salió y dijo con esa sonrisa y esa mirada que tan bien espresan la felicidad.

—Anselmo, deme V. el brazo.

—Anselmo!... repitió el anciano ¡Anselmo!...

—Vámonos, Amelia, dijo este mirando á Mr. Cambet con espresiva pero con bondadosa ironía.



La tempestad.

—¡Ah! dijo Mr. Cambet, ¡Anselmo! ¡Amelia! todo lo saben... ¡Y Mr. Dallois que contaba con una porción de sorpresas!

—En cambio, nosotros le vamos á proporcionar una, dijo Amelia.

—¿Cuál es? preguntó Mr. Cambet.

—Que nos profesamos un amor vehemente.

FEDERICO SOCLÉ.

Amelia notó entonces que aquel Anselmo Ferou, cuyo nombre no había sabido hasta entonces, era un joven de un porte muy distinguido. Tenía una fisonomía muy hermosa y varonil, con facciones muy pronunciadas, y al cual unos ojos que podrían llamarse de muger, le daban mucha gracia.

Efectivamente, sus ojos negros sombreados por unos párpados largos con grandes pestañas, tenían una expresión de melancólica dulzura que formaba un contraste marcado con su ancha frente que respiraba audacia, y su cuerpo vigoroso y su elevada estatura. Su expresión enérgica y sus facciones marcadas manifestaban la edad de treinta años; sus ojos bajos y tímidos expresaban la edad de diez y ocho: él tenía veinticinco. Se había parado en el umbral de la puerta mientras leía Amelia la carta de Mr. Cambet, y solo cuando concluyó esta su lectura, le hizo señas de que entrara diciéndole: —Ruego á V. que me dispense el que le haya hecho esperar y llamar dos veces; estoy sola, ha salido mi criada, y lo había olvidado.

Anselmo no dió mas silencios que inclinarse respetuosamente, y entró; siguió silenciosamente á Amelia hasta la sala, en donde entró con ella.

Amelia se fué en seguida á su cuarto para coger su chal y su sombrero; pero en el momento en que concluía de ponerse los guantes iba á coger la sombrilla, se nubló el cielo completamente. Una de esas tormentas que suben desde el horizonte con tanta rapidez, se extendió sobre París, y en menos de dos minutos brillaron los relámpagos, estallaron los truenos y empezó á llover ruidosamente.

Amelia volvió á la sala en que había quedado Mr. Ferou mirando atentamente á la calle por una ventana.

—Es imposible que nos pongamos en camino con este tiempo, dijo la señora de Leurtal.

—Mucho mas, contestó algo turbado Mr. Ferou, cuando todos los carruajes que había en la plaza acaban de ser tomados por los paseantes, y hay mucha distancia desde aquí al camino de hierro.

—Eso no hubiera sido un obstáculo para mí, porque soy aficionada á andar, pero no con un tiempo como este.

—Entonces solo será un retraso corto, porque esta tempestad es demasiado violenta para que dure mucho tiempo, y dentro de veinte minutos podremos marcharnos.

—Esperaremos.

El joven se inclinó.

—Sírvese V. sentarse, caballero.

Anselmo se sentó á un lado de la sala y Amelia al otro; él con su sombrero y su baston en la mano, ella con su sombrero, su chal y sus guantes puestos, pronto ambos á levantarse en cuanto vieran un rayo de sol ó el tiempo algo despejado, pero bastante embarazados y ocupándose muy poco de dirigirse la palabra.

Anselmo seguía con la contera de su baston los caprichosos dibujos de la alfombra.

Amelia, no teniendo otra cosa mejor que hacer, oprimía los pliegues de su sombrilla con el anillo de marfil que los sujetaba.

Aquel silencio era bastante engorroso: Amelia conoció que estando en su casa á ella le tocaba romperle, y le dijo á Monsieur Ferou.

—¿Conoce V. la casa de campo de Mr. Dallois?

—Sí señora, tiene la bondad de convidarme á pasar el día todos los domingos en ella.

—Será muy bonita sin duda.

—Admirable, señora.

—¿Mr. Dallois es tan rico!

—Es también un hombre de gusto. No es el lujo lo que mas me agrada en su quinta, sino el orden de ella; se podría llamar mas bien la quinta de un artista rico que la de un banquero.

—¿Es V. aficionado á las artes?

—Las cultivo un poco en mis horas de ociosidad, cuando se acaban los trabajos de la oficina.

Volvió á reinar el silencio, y en este intervalo cruzó una idea por la mente de Amelia; esta idea la obligó á decir:

—Puesto que va V. todos los domingos á la quinta de Monsieur Dallois, debe V. conocer á todas las personas que recibe habitualmente en ella.

—Son las mismas que habrá V. visto en su casa en París.

—Ah! no recibe á ningún vecino de San German?

—Muy pocos, á no ser los ancianos esposos Dauby, propietarios, cuyo hijo está empleado en las oficinas conmigo.

—Ah! y... nadie mas?

—Sí, hay también un tal Mr. de Fortis.

—¿Mr. de Fortis? dijo Amelia con viveza, ¿qué clase de hombre es ese?

—Ah! creo que es un sugeto muy amable.

—¿No es joven?

—No por cierto, señora; es un hombre de cincuenta años, y muy bien conservado, porque se cuida mucho.

—¿Qué quiere V. significar? Será uno de esos hombres artificiales, cadetes, que imitan ridículamente los hábitos de la juventud?

—No señora, todo lo contrario. Es muy buen sugeto; pero tiene sus manías.

—V. quiere significar que tiene ridiculeces.

—No me atreveré á llamarlas así en un anciano.

—¿Un anciano dice V.? A un hombre de cincuenta años, caballero, dijo Amelia con acento marcado, no se le puede llamar anciano.

Anselmo miró furtivamente al retrato de Mr. de Leurtal, y contestó sonriéndose.

—Es que si Mr. Fortis no es anciano precisamente por su edad, se me figura que lo es por sus costumbres. Se levanta exactamente á la misma hora todos los días, se acuesta á las diez, come con esmerada prudencia por temor á los cólicos, escoge escrupulosamente los alimentos para no hacer uso de escitantes, observa á cada instante los grados de temperatura de su habitación para mantenerla en un término medio, de modo que ni haga demasiado calor ni frío, no deja sus vestidos algodonados sino cuando los demás sentimientos extraordinariamente el calor aun con nuestra ropa de verano; tiene un gorro de seda negra para cuando ha de comer en habitaciones que están algo frescas, y en invierno tiene mucho cuidado de ponerse lejos de la lumbre, porque dice que esta le hace subir la sangre á la cabeza.

—El retrato que está V. haciendo, dijo Amelia algo picada, es el de un hombre muy ridículo.

—No señora, porque esas ridiculeces, puesto que así las califica V., están contrarrestadas por una imaginación muy viva y de mucho talento.

—¿Ah! ¿es hombre de talento? dijo Amelia con viveza.

—Sí, y en toda la extensión de la palabra. Sin opinión política marcada, sin literario pedantismo, sin dejarse llevar por las pasiones, Mr. de Fortis es un hombre que juzga severamente, y casi con acritud, todas las cosas y las personas. Provisto de una esperiencia fria que parece no haberle dejado ninguna clase de ilusiones, posee además una colección abundantísima de palabras cruelmente irónicas para expresar sus juicios. Desgraciado el que le ataque, porque es implacable aun con los que no le han hecho daño alguno. La observación mas sencilla, hecha por él, se convierte en sus labios en una anécdota que á veces es muy graciosa. El domingo último, sin ir mas lejos, encontramos en el parque á una señora, hermosa aun, pero ya de alguna edad, con un jovencillo de pocos años, y nos preguntó nuestro dictámen sobre aquella pareja. Se dijo que á juzgar por las apariencias debían ser una madre con su hijo; pero Mr. de Fortis fué de opinión de que era una inglesa vieja y un dandy francés, y apostó á que el coche y los caballos en que montaron eran de la inglesa, que habría saldado la cuenta del sastrero que vestía al lindo joven, y que el baston con puño guarnecido de brillantes que llevaba este en la mano, sería comprado por ella para adornar á su cortejo. Enumeró en seguida todas las consecuencias de esta suposición, y lo mas notable es que resultó ser cierto todo lo que dijo.

—Mr. de Fortis es muy diestro para adivinar? Según él una muger no puede ir apoyada en el brazo de un hombre sin comprometerse?

—Señora, no va tan lejos su malicia... Pero, mire V., ya va aclarando el tiempo y podemos marcharnos.

—Tenga V. la bondad de mirar si hay algun coche en la plaza.

—No señora, no hay ninguno todavía, pero es V. apasionada á andar.

—Prefiero esperar, respondió Amelia.

Las observaciones de Mr. de Fortis la habían aterrado, y tuvo un miedo instintivo de atravesar la mitad de París apoyada en el brazo de un joven, bastante hermoso para inspirar naturalmente comentarios.

Los dos se volvieron á sentar.

No era precisamente el temor de las observaciones personales de Mr. de Fortis las que habían asustado á la señora de Leurtal; ¿pero sería tan excepcional su carácter, que no pudiera hallar en su tránsito hasta el ferro-carril alguna persona que se permitiera hacer con respecto á un guapo joven y á una muger linda que iban juntos, suposiciones mas fundadas aun que las que había promovido la inglesa vieja? Estos comentarios le hubieran sido indiferentes á Amelia cuando la persona que los hiciere no la conociera; pero podía verla uno de esos hombres de que se quejaba poco antes de la llegada de Anselmo, y se dice con tanta facilidad en una reunión, con un tono que aparenta ser misterioso para escitar mejor la curiosidad:—No saben Vds. á quién he visto? A la hermosa viudita de Leurtal que aparenta creer siempre que la ofende un cumplimento, paseándose solita con Mr. Ferou.—Hombre! ¿y adónde iban? No me he entretenido en seguirlos; lo único que sé es que iban solos, compuestos y engalanados como enamorados de quince años que se van á pasear el domingo al campo.

Amelia no había querido seguir el fácil desarrollo de las suposiciones malignas á que podía dar lugar tal noticia si se daba en una reunión en que abundaran las malas lenguas y las personas mal intencionadas.

Había empezado por no querer salir mas que en coche, porque así no era fácil que la conocieran, y se la figuraba que una vez llegados al ferro-carril, estaría al abrigo ya de toda suposición enfadosa por parte de las personas conocidas que pudieran verla, porque aquel camino no podía indicar en ella mas objeto que el de ir á la quinta de Mr. Dallois, y este mismo objeto explicaba la presencia de Mr. Ferou, que no era ya bajo este punto de vista mas que un acompañante como Mr. Cambet.

Además, su pensamiento voló con mas rapidez que la hemos empleado en decirlo, sobre estas reflexiones que quizás debiera haber examinado seriamente, porque entonces se hubiera preguntado á sí misma el motivo de creer que Anselmo podía comprometerla, y hubiera conocido que en menos de diez minutos había reparado en que era joven, hermoso, elegante, que hablaba con desembarazo, formaba sus juicios sobre las materias de que trataban, y estaba muy próximo á ser mordaz con tal que ella se lo permitiera.

Pero Amelia no trató de explicarse las causas de su temor, y sus ideas se concentraron en un sentimiento mas grave y triste: reflexionó en lo que acababa de saber relativo á Mr. de Fortis. El retrato que había hecho Anselmo de él, no tenía muchos atractivos, y Mr. de Fortis era el esposo que la destinaba Mr. Dallois.

El casarse con tal hombre, ¿no era aceptar el cargo de enfermera, ó de reclusa, ó mejor dicho aun, el de esposa de compañía, es decir, todos los deberes de la ama de llaves de un solteron decrepito, pero sin la facultad que tiene de dejarle la que solo está asalarada?

Amelia no era entusiasta por los placeres. La modesta fortuna de Mr. de Leurtal, aunque la permitía disfrutar pocos, la daba los suficientes sin embargo con arreglo á sus deseos. Con frecuencia había evitado, por consideración á la edad de su marido, los placeres en que este no podía tomar parte. Con frecuencia también había abreviado las prolongadas veladas del gran mundo en la hora en que este está mas brillante y animado, y en que ella aparecía mas hermosa y encantadora.

Pero desde este sacrificio voluntario de sus placeres, hasta una vida regulada por un reloj de Léonie, y de la que cada hora debía ser diaria é irrevocablemente marcada para una ocupación invariable; desde aquella concesión hecha y recibida cariñosamente, hasta un deber cumplido ó impuesto con mal humor; desde aquellas casualidades que no eran mas que ocasiones de ser complaciente con Mr. de Leurtal, hasta el hábito casi militar que no podría alterar sin desagradar á Mr. de

Fortis, había una inmensidad... había mas que una inmensidad: había el alma de Amelia, toda su abnegación, toda su independencia, todo lo que su gratitud podía conceder á un protector noble y generoso, y todo lo que su dignidad debía rehusar á un egoísmo frio y cruel.

Esta era la razón de que estuviera pensativa y silenciosa delante de Mr. Ferou.

Efectivamente, el impulso de temor que sintió Amelia con respecto á Anselmo, fué mas bien instintivo que voluntario, como el que hace evitar el choque de un cuerpo que pasa con rapidez; pero no sucedió lo mismo con su oposición á la necesidad de casarse con Mr. de Fortis.

Este casamiento era el objeto de su viaje á San German; ocupaba su imaginación y la causaba una turbación desagradable; esto era lo que la había inducido á interrogar á Mr. Ferou, y la obligaba á la sazón á meditar silenciosamente las contestaciones que este la había dado.

Había también en el alma de Amelia una voz secreta que hablaba á pesar suyo, y la inducía á rebelarse contra su proyectado enlace.

Su juventud se resistía á encadenarse á la vejez. Cuando se casó á los diez y seis años con Mr. de Leurtal, no había renunciado Amelia al amor, porque no había pensado en él aun, y era demasiado honrada y agradecida para haberlo hecho siendo ya casada. Pero después que enviudó, los galanteos mismos que la desagradaban la habían hecho comprender una palabra en la cual pensaba cuando estaba sola, y creía entonces que la sería grata oír esa palabra pronunciada por otra voz, que sin embargo no había hablado aun para ella.

Despreciaba el amor que la juraban, porque conocía que había otro amor mejor, que podría muy bien inspirar, puesto que se sentía capaz de corresponder á él.

Explíquese por qué la planta, que primero ha crecido recta y fuerte á la sombra, se inclina y se tuerce, rastra ó se lanza erguida para alcanzar un rayo de sol cuando llega la época de florecer, y entonces diremos por qué en la pubertad aspira el corazón al amor, por qué se tuerce y se inclina como la flor para abrirse á ese sol que no ha visto, pero cuyos rayos magnéticos le atraen al través de todos los obstáculos.

Amelia no amaba; al casarse con Mr. de Fortis no renunció á ningún amor; no abandonaba por él ni el pasado ni el presente, asilos reducidos y desiertos que su vida tranquila no había poblado con ningún recuerdo indeleble; pero le quedaba el porvenir, ese campo estenso en que corre y se esplaya la esperanza de los jóvenes, ese rico dominio sin límites visibles que nos ha dado Dios.

Como Amelia había sido feliz con Mr. de Leurtal, y se contentaba con poco, se había resignado á poseer la misma felicidad con Mr. de Fortis; pero en cuanto llegó á sospechar que ni esta tendría, la voz secreta que había logrado acallar, se alzó mas imperiosa que nunca para gritarla que ella necesitaba mas dicha.

¡Oh! ¡todas las pasiones humanas tienen esos impulsos secretos é instintivos!

En el instante en que se le escapó á Amelia su modesta y fria esperanza, se sorprendió al considerar cómo no habría concebido otra mas grata y halagüeña.

Y como todas estas ideas agitaban su ser, como le causaban estrañeza á la vez su turbación y sus deseos, levantó los ojos y vió fijos en ella los de Anselmo. El pudor la hizo sonrojarse; se la figuró que la mirada del joven había penetrado en el arcano de su alma y había adivinado los pensamientos que la agitaban, y si el sentimiento involuntario que experimentó entonces hubiera podido manifestarse, quizás hubiera exclamado: ¡Es V. estremadamente curioso, caballero!

Pero no lo dijo; y Amelia, mas turbada aun por la violencia que tenía que hacerse, se sintió incomodada de hallarse en tal situación y del deber que se había impuesto, y le dijo á Mr. Ferou:

—Dispénsese V., caballero, pero le han confiado á V. un encargo del que no ha llegado V. aun á comprender todo el fastidio. Tiene V. que ver pronto á Mr. Dallois para comunicarle las noticias de que me habla en su escuela Mr. Cambet, y yo saldré de aquí bastante tarde, demasiado tarde quizás, porque los negocios que le obligan á V. á ir á San German son urgentes.

Anselmo se sonrió y contestó:

—Es que en realidad, señora, no hay negocio alguno que exija mi presencia en San German á una hora mas bien que otra.

—¿Qué significa entonces esta escuela de M. Cambet? dijo Amelia con cierta expresión de orgullo.

—Es un pretexto...

—¿Un pretexto para qué? dijo Amelia vivamente y levantándose.

—Un pretexto para no acompañarla á V. á San German, dijo Anselmo levantándose también.

—Un pretexto... repitió Amelia lentamente mirando con terror á todas partes al verse encerrada sola con un hombre al que apenas conocía; un pretexto para no acompañarme á San German, y sin duda para que otro...

—No señora, dijo Anselmo interrumpiendo á Amelia, cuya suposición había adivinado; nada de eso ha pensado Mr. Cambet, nada ofensivo para V. puede pensar nadie. Ruego á V. me dispense el que la confiese una niñería de Mr. Cambet: es que tiene miedo á los caminos de hierro.

—¿De veras? dijo Amelia medio conmovida aun por la ofensa imaginaria que había sospechado, y medio riéndose por la explicación que la tranquilizaba. ¿De veras tiene miedo?

—Si señora, un miedo que debo creer insuperable, puesto que ha resistido á la última prueba á que Mr. Dallois ha creído deberle someter.

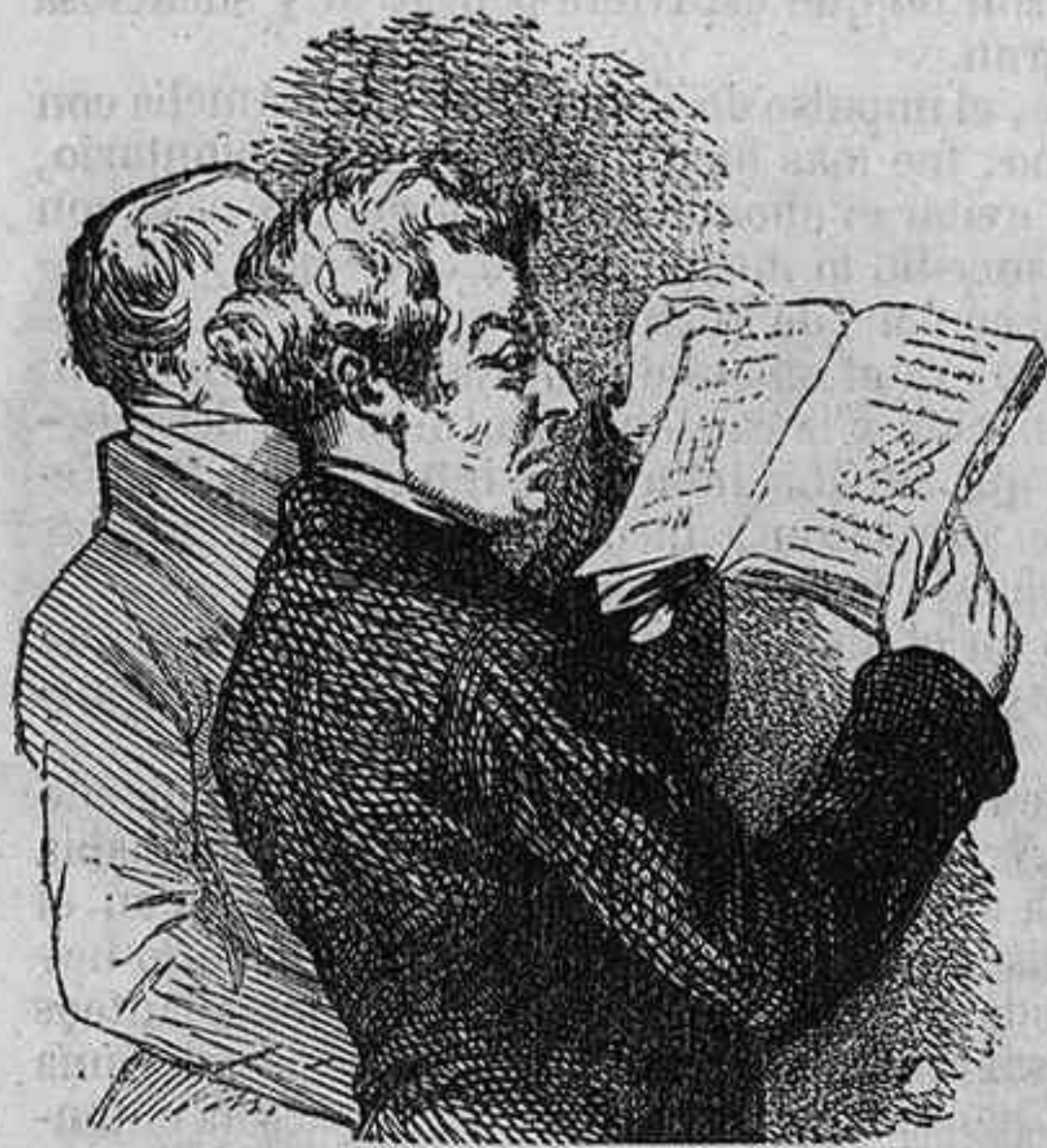
—¿Y qué prueba es esa?

—La del placer de acompañarla á V.... Mr. Cambet, señora, y tengo derecho para decir todo lo que hay bueno en él después de que le he hecho aparecer como un poco ridículo. Monsieur Cambet la profesa á V. un afecto, un cariño, una admiración de que quizás no tenga V. noticia; habla de V. con una especie de religioso respeto, y seguramente que la idea de hacerla á V. un favor, de cualquiera clase que fuera, hubiera vencido su temor, si hubiera alguna cosa capaz de vencerle; pero Mr. Cambet se engañó, es aun mas fuerte su miedo que el deseo de complacerla á V.

(La continuación en la página 6.)

LOS TEATROS POR DENTRO.

PRELIMINARES.



Llega el manuscrito de la censura.



El cartel. —Ponga V. letras mas gordas.



Los actores dulcifican el metal de la voz, fumando un puro de á terciá.



Un autor que quiere hablar al director.



Pieza dramática recibida á condicion de que el autor no vuelva á escribir mas.



Antesala del director. El jefe de los alabarderos no necesita permiso.



Instruccion.—Aplaudan VV. ruidosamente á la conclusion del aria, porque el tenor no dará la nota.



Director de escena, empresario, actor, etc., que representa todos los papeles con el mismo traje.

LOS ENSAYOS.



Un actor que llega tarde porque se le ha pasado la hora en el café.



El director de escena á la primera dama:—Haga V. la cortesia al rehusar la atencion del señor conde.

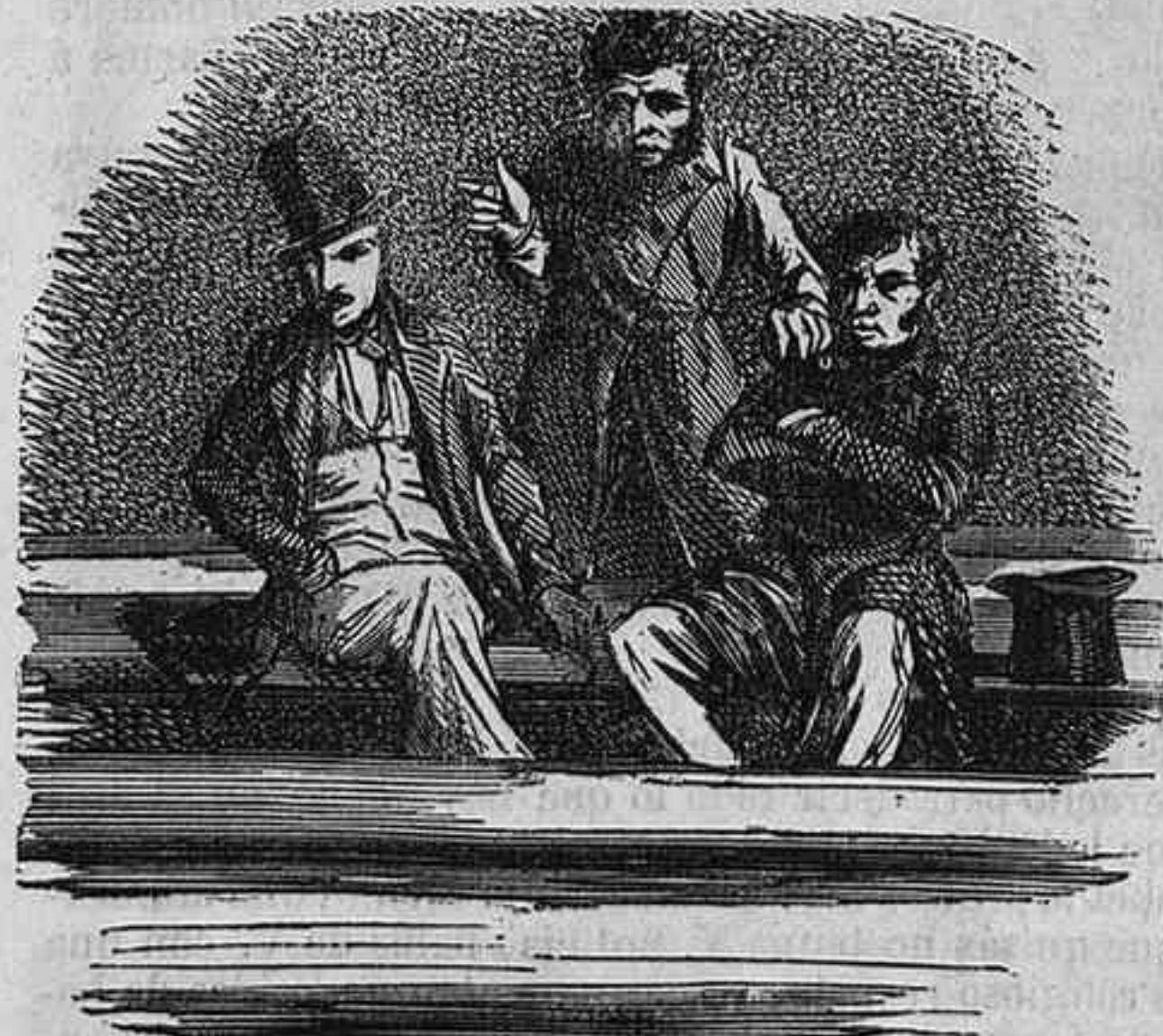


Ensayo con accesorios y acompañamiento.



Cuatro horas de pié durante e ensayo, cinco actos por la tarde, cinco por la noche, y vestirse siete veces, es para reventar.

VARIEDADES HISTORICAS.



El jefe de los alabarderos en el ensayo general.



El jefe de los alabarderos en su despacho.



Los colaboradores: el mas jóven ha escrito el drama, no se le nombrará siquiera.



El director aconseja á un actor indispueto, cincuenta sanguijuelas, á fin de que esté restablecido para el día siguiente.

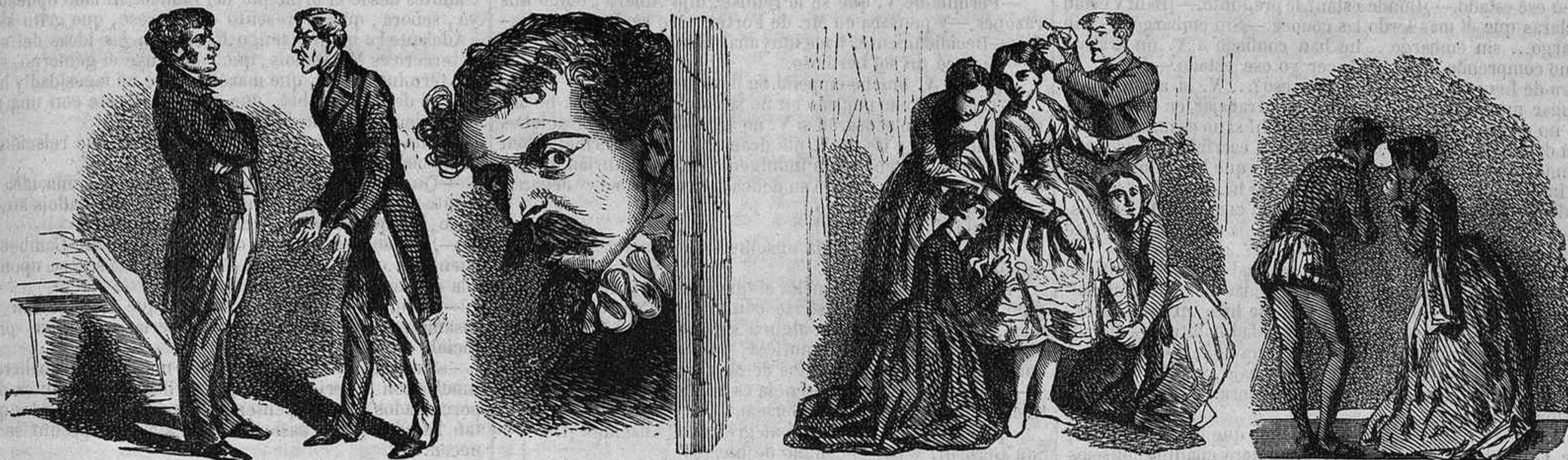
LOS TEATROS POR DENTRO.

EL CAFE DE LOS ALABARDEROS.



El subteniente. Alabardero que aplaude gratis. Alabardero que aplaude por cuanto vos. Victima que adquiere inocentemente una localidad de alabardero. La consigna esta es la señal. El que aplaude dentro, el que rie y el que llora cuando la escena lo requiere.

TRAS DEL TELON.



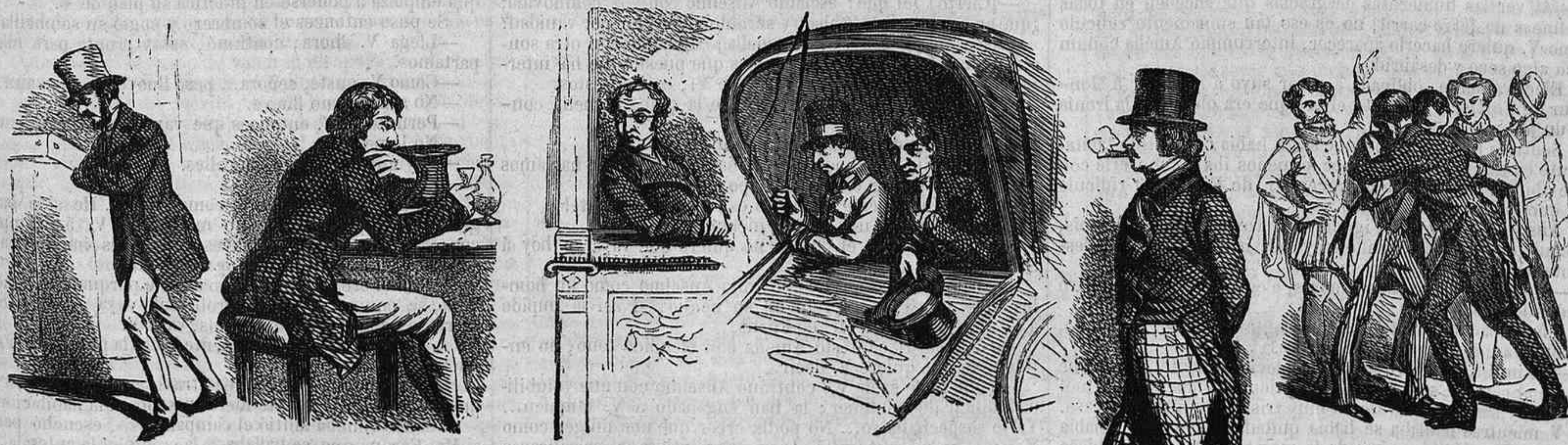
—El armero no ha traído todavía las armas. Representaremos sin espada... Pero hay un duelo. Todavía no tengo pantalon y salgo en la tercera escena. Una muñeca bien vestida, como que la cosen el traje sobre el cuerpo. Detrás del telon.—Mira, allí está el que escribe las criticas de teatros del periódico que nos hace la guerra.

FISIONOMIAS DIVERSAS.



Figurante condenado á ser militar toda su vida. El que ladra, el que imita el canto del gallo y el rebuzno del asno cuando la situacion lo exige. Un marqués de teatro que no despliega jamás sus labios. El criado de teatro. El tambor de teatro. Un honrado ciudadano que se encuentra confundido entre los alabarderos.

AUTORES Y PERIODISTAS.



Recorre dos leguas entre bastidores, al paso que VV. le ven, durante la primera representacion de su drama. Este otro ahoga su impaciencia en el café. Otro asiste á la primera representacion. Otro, en fin, toma un cabriolé y cruza diez veces á Madrid de una punta á la otra. El critico que debe dar cuenta de la funcion fuma entre tanto un puro callejeando. El autor acaba de ser llamado á la escena, como es costumbre obligada de todo estreno, y en los brazos de sus amigos calcula cuántas entradas dará el drama.



—¡Oh! cuánto siento, dijo Amelia conmovida por aquel respeto que la tributaba un anciano, cuánto siento que por mí le hayan atormentado tanto.

—Aseguro á V. que le ha atormentado el miedo de una manera atroz, replicó Anselmo riéndose. Desde las siete de la mañana que se levantó, no se puede V. formar una idea de su agitación; entraba y salía de la oficina á cada momento, buscando algún motivo para retrasar su marcha, suponiendo que era una locura el ir al campo con un tiempo tan malo (observa V. que entonces no llovía, y que Mr. Cambet nunca ha faltado á su visita dominguera en San German, hiciera el tiempo que quisiera), y regañándose porque no le sacaba de un apuro cuya índole no quería confesar.

Por fin llegó la hora en que tenía que vestirse; salió de la oficina pagando un portazo, y cuando volvió se había puesto la mitad de las cosas al revés, se había hecho dos cortaduras afeitándose, no acertaba á ponerse los guantes, buscaba su sombrero, que tenía ya puesto, y como yo no podía contener la risa se volvió á mí con mas resolución de la que hubiera necesitado para ir en ferro-carril desde París á San Petersburgo, y empezó á declamar contra la impertinencia de los jóvenes.

Estoy casi seguro de que si yo le hubiera replicado me hubiera desafiado por librarse de los peligros de la locomotiva. Pero no quise proporcionarle ese medio tan fácil de evadirse de sus terrores. Volví á emprender con mucha gravedad mi trabajo; entonces empezó á recorrer los pupitres, arreglando estrepitosamente los libros, colocando los tinteros, estrujando las plumas, cuando de repente le dió la idea de mirar lo que estaba yo haciendo; apenas fijó la vista en el papel, cuando exclamó furioso:—No es así... hay cinco equivocaciones en ese estado.—¿Dónde están? le pregunté.—¡Bah! y están tan claras que el mas lerdo las conoce.—Sin embargo...—Sin embargo... sin embargo... Le han confiado á V. un trabajo que no comprende. Voy á rehacer yo ese estado.—Pero... la señora de Leurtal... ¿Qué hay con eso?... V. la acompañará en lugar mio, mientras que yo voy á trabajar en el de V.—Pero no me atrevo á presentarme.—¡Oh! si no es mas que eso, voy á darle á V. para ella... y se puso á escribir esa esquelita, diciéndome al mismo tiempo:—Supongo que han llegado noticias interesantes, ya comprende V. No he de decir á todo el mundo que no sabe V. su obligación; en cuanto á Mr. Dallois, le dice V... lo que V. quiera... tome V. la esquelita... Ea, ¿se marcha V.?

Confieso á V., señora, que mi vanidad de dependiente de un banquero no pudo resistir á la ansiedad del pobre anciano. Le compadecí, acepté, y creo que le hice un gran favor, porque exclamó al instante con su bondad habitual:—He ahí la ventaja de ser joven, todos los placeres se le vienen á V. á la mano; los viejos le hacen á V. su trabajo, y se va V. á divertir al campo con una muger encantadora.

Amelia se sonrojó.
—Perdone V., señora, añadió Anselmo que lo había notado; es Mr. Cambet el que habla, y si V. supiera cuántos consejos me ha dado.

—¿Qué consejos?
Anselmo se calló por un momento y respondió después:
—Han sido muchos y sobre varias cosas... Me ha dicho... Pero ¿por qué le interesan á V.? Ha llegado hasta el extremo de decirme:—No insista V. demasiado en llevarla por el camino de hierro; es un placer muy necio que puede V. hallar muy bueno con su cabeza de loco y aturdido, pero que carecerá completamente de atractivos para una muger tan juiciosa, tan prudente como la señora de Leurtal.

Por eso me ve V. muy dispuesto á seguir los consejos que he recibido, y á ir por el camino que V. elija; tal es mi deseo de agradar á Mr. Cambet.

—Seguramente, caballero, dijo Amelia con un tono mas bien ofendido que alegre, aunque afectaba reírse al hablar; ha hecho V. un gran favor á Mr. Cambet, y debe estar muy complacido.

—Mucho temo que solo él lo esté, dijo Anselmo sonriéndose.

—Si su gratitud iguala á su miedo, debe ser inmensa, caballero.

—Si creyera V., añadió Anselmo siempre riéndose, que he exagerado los terrores de Mr. Cambet, pronto se desengañaría V. en cuanto llegáramos á San German, porque Mr. Cambet es un héroe al lado de Mr. de Fortis. Está sufre un ataque de nervios con oír solo el nombre de vapor: el vapor en la mar y en tierra le considera como un monstruo horroroso. Dice que es el minotauro al que sacrifica el siglo anualmente algunos millares de víctimas. Tiene un esmero particular en revelar al orbe entero, por medio de los periódicos, la relación de todas las explosiones de calderas y choques de convoyes; cuenta los cadáveres, calcula las fracturas de brazos y piernas, y...

—Al ver las numerosas desgracias que suceden en todas las líneas de ferro-carril, no es eso tan sumamente ridículo como V. quiere hacerlo aparecer, interrumpió Amelia con un tono algo seco y desabrido.

Efectivamente, obligada á pesar suyo á recordar á Monsieur de Fortis, la disgustó el ver que era objeto de la ironía de un joven.

Sentíase humillada, porque al fin había consentido tácitamente en casarse con él, ó por lo menos iba á conocerle con este objeto, y no podía aparecer Mr. de Fortis tan ridículo sin que lo fuera ella un poco.

Anselmo, que parecía ignorar los proyectos de Mr. Dallois, se equivocó sin duda cuando creyó adivinar el motivo del descontento de Amelia, y contestó:
—Si participa V. de sus temores, elegiremos cualquier otro medio de transporte.

Una impaciencia extraordinaria agitaba á Amelia, y le dijo, tratando aunque en vano de ocultarla:

—Es inútil, caballero; mire V., decididamente... creo que no iré al campo, se hace tarde, el tiempo empeora por momentos, y sería una diversion muy triste. Me quedo en casa.

Y mientras hablaba se había quitado el sombrero, había puesto su sombrilla encima de la mesa, y estaba quitándose los guantes; se volvió para saludar á Mr. Ferou, pero se detuvo al ver en su semblante la expresión de un verdadero sentimiento.

Los ojos de Anselmo espresaban tal tristeza y timi-

dez, que temió haberle ofendido, y añadió con mas dulzura:
—Le doy á V. mil gracias, Mr. Ferou; dispénsese V. lo que solo se puede llamar un capricho, indudablemente; pero prefiero quedarme en casa.

Anselmo permaneció inmóvil, y Amelia repuso:
—No olvide V. que le esperan.

Anselmo pareció hacer un esfuerzo muy grande, y replicó con una voz cuya seguridad y desembarazo habían sido reemplazadas por una timidez escusada.

—V. olvida que tambien la esperan, señora. ¿Qué podré yo decir cuando me pregunten que por qué no va V. conmigo?

—Que no he querido... que he temido la lluvia... que he tenido miedo al ferro-carril...

—Señora, no me crearán, me acusarán.

—¿Y de qué le pueden á V. acusar?

—Es que tengo muy mala fama, dijo Anselmo recobrándose un poco y dejándose de su buen humor natural.

—¿A qué llama V. tener mala fama?

—Mr. Cambet y Mr. Dallois suponen que soy un aturdido, un hablador, que digo sin tino todas las tonterías que se me ocurren, lo cual no suele ser muy conveniente. Si V. no va, creerán... qué se yo, que he sido impolítico con V., que le he faltado al respeto, que he tenido miedo de ir conmigo.

La candorosa sencillez con que pronunció Anselmo estas palabras, tranquilizó á la señora de Leurtal. Ya no parecía un joven que tiene el plomo y la seguridad que solo da el trato de gentes, sino un estudiante de provincia, tímido, corto de genio. No pudo menos de sonreírse Amelia y decirle:
—Tranquilícese V., yo daré un buen testimonio de V. á Mr. Dallois.

—El mejor seria su presencia de V.

—Permitame V. que se le rehuse, dijo Amelia, tengo mis razones, y pensaba en Mr. de Fortis; pero se detuvo y añadió:—Decididamente, hace muy mal tiempo.

—Si hace un sol hermoso.

—¿Tiene V. mucho empeño en llevarme?

—Tengo mucho empeño en no ser mal recibido. La he dicho á V. que me acusarán si V. no va; todas mis esplicaciones serán inútiles, y las de V. no alcanzarán á excusarme: saben que es V. tan buena y tan indulgente, que atribuirán todo lo que V. pueda decir de mí á su delicada generosidad, y llegarán á creer que yo he hablado.

—¡Hablad!... ¿de qué?

—Ah! de nada, de nada absolutamente, señora, dijo Anselmo con viveza.

Entonces le tocó á Amelia el quedarse sorprendida. Imaginó que había algún misterio oculto en su ida á San German, que la preparaban alguna sorpresa, que iba á saber alguna importante y gran noticia, y no queriendo inutilizar con su ausencia los proyectos de Mr. Dallois, contestó:

—Bueno, ya que mi presencia es tan necesaria para su justificación de V., iré á San German.

—¡Gracias á Dios! exclamó alegremente Anselmo! ¡irá V. á San German, y por el camino de hierro!

—Sea por el camino de hierro.

—Y entonces podremos burlarnos de Mr. de Fortis.

—Ah! exclamó Amelia con un gesto de verdadero mal humor; Mr. de Fortis! ¡siempre Mr. de Fortis! ¡Dios mio! déjele V. en paz con sus ridiculeces, caballero.

—Perdone V., señora, dijo Anselmo con una franqueza original, es que le detestó cordialmente.

—¿Y habla V. mal de él?

—¡Oh! le aseguro á V. que no he dicho la cuarta parte de lo que pienso.

—De todos modos creo que sé yo ya mas que él de su aversión de V.

—No por cierto, señora; si tengo alguna consideracion con él en su ausencia, cuando estamos frente á frente prescindo de ella completamente. El me paga con usura; es una guerra declarada.

—¿En la cual será V. siempre el vencedor?

—Hum! no siempre.

—¿Es muy mordaz, según V. me ha dicho?

—Y tiene cincuenta años, que es una gran ventaja; puede decir cuanto se le antoje, y no á todo puedo yo replicarle.

—Pero en fin, Mr. Ferou, ¿por qué le aborrece V. tanto?

—Porque es frío, egoísta, rencoroso; porque aborrece á todo lo que es joven; porque parece envidiar á los demás las esperanzas que ya no tiene, y el corazón que nunca tuvo; porque se burla de todos los sentimientos, y supone un motivo odioso á todos los buenos sentimientos; porque si yo, que no soy mas que un pobre huérfano de un hombre honrado, amara á una muger mas rica y de una familia mas ilustre que la mia, diría... y lo ha dicho ya, que es por interés ó por vanidad.

—¿Lo ha dicho ya? preguntó Amelia sonriéndose. ¿Luego es cierto?

—¡Cierto! ¿el qué? exclamó Anselmo con voz conmovida; ¿qué ame yo por interés bajo y sórdido? ¿qué ame por vanidad?

—No, no, no señor, dijo Amelia, calmado con otra sonrisa la indignacion de Anselmo; es que puesto que ha interpretado tan mal sus sentimientos de V., existen estos.

Anselmo se puso encarnado como la grana. Amelia continuó:

—¿Es cierto que ama V. á una muger?

—Creo, dijo Anselmo con voz balbuciente, que haríamos bien en aprovechar el buen tiempo.

—¡Por Dios, si está lloviendo extraordinariamente!

—Es verdad, es una verdad incontestable...

—Sí, parece que el tiempo no quiere que vaya yo hoy á San German.

—Ah! bendito sea el tiempo! dijo Anselmo como un hombre que ahoga un secreto en su pecho; si así la impide á V. que se case con Mr. de Fortis.

—¡Caballero! contestó Amelia con ofendido tono, no entiendo lo que quiere V. decir.

—¿Que no lo sabía V.? continuó Anselmo con una volubilidad difícil de contener; la han engañado á V. tambien... Ya lo sospechaba yo... No podía creer que una muger como V... que un ángel como V. lo es, consintiera en sacrificarse á un hombre semejante: la hermosura unida con la hedionda fealdad, la juventud con la decrepitud, las gracias, el talento, la bondad, con las ridiculeces, el egoísmo, la maldad. No era posible esto.

—Perdone V., caballero, repuso friamente la señora de Leurtal; pero me veo en el caso de observarle á V. que se digna ocuparse de intereses que no son suyos.

—¡Qué no son míos! exclamó Anselmo; después continuó con un tono tan respetuoso, tan sumiso que desarmó casi á Amelia: perdone V., señora, no tengo razon, soy un loco, un aturdido, como dice Mr. Daillon; me dejo llevar demasiado por mis sentimientos, y voy tan lejos que llego á ser injusto y cruel. He hablado mal de Mr. de Fortis, le he descrito como un ser ridículo. Yo puedo verle así, con mi carácter brusco, con mi corazón que no comprende nada, sin pasion; pero no tengo derecho para calumniarle. Mr. de Fortis es un hombre muy amable: es la probidad y la honradez personificadas. La muger que lleve su nombre no tendrá que sonrojarse nunca por ello, y hace un uso noble y laudable de la fortuna que se ha labrado con los trabajos mas honrosos y distinguidos.

—Esa es una satisfacción que le honra tanto á él, que la recibo, como á V., que se la da. Pero permítame V. que le haga observar que si conocía V. los proyectos de Mr. Dallois, no era responder á su confianza el hablarle de Mr. de Fortis en los términos que V. lo ha hecho.

—En primer lugar debo decirle á V. que Mr. Dallois nada me ha confiado, y desde luego se infiere que no ha habido abuso de confianza.

—Al menos era contrariar sus proyectos.

—Señora, eso es lo que me sucede siempre que Mr. Dallois hace alguna cosa que considero mala. Hay en la casa, cuando se trata de negocios, tres opiniones muy distintas: Mr. Cambet por un lado, que representa la resistencia, que se opone á toda idea nueva, á todo asunto que no tenga marcados sus trámites desde el principio del mundo. Al lado opuesto estoy yo, señora, que represento el progreso, que grito siempre: «Adelante!» que no tengo fé sino en las ideas del siglo. Y el tercero es Mr. Dallois, que constituye el gobierno, el poder del término medio, que marcha entre mi fogosidad y la inmovilidad de Mr. Cambet, que arrastra á este con una mano y me detiene á mí con la otra.

Todo eso está muy bien, pero no veo qué relacion pueda tener con mi proyectado casamiento.

—Que esta es una idea de Mr. Cambet, una idea atrozmente retrógrada que le ha insinuado á Mr. Dallois sin decirme, sin que fuera yo llamado á consejo.

—¿Y solo por espíritu de oposicion á Mr. Cambet la encuentra V. mala, preguntó Amelia riéndose, se opone V. á ella por amor al progreso?

—Seguramente, señora, creo que la abolicion de los casamientos desproporcionados seria un gran progreso social.

—Sus palabras de V. son muy mordaces, caballero, dijo Amelia con severidad. Lo que V. llama casamientos desproporcionados son frecuentemente mas felices que los que estan basados sobre pasiones supuestas que pronto se desvanecen.

—He obrado mal, señora, siempre mal, y sin embargo había prometido á Mr. Cambet no hablarla á V. de Mr. de Fortis.

—¿Entonces por qué lo ha hecho V.?

—Porque cuando acepté el encargo de acompañarla á V. me hice el cálculo siguiente: iré en casa de la señora de Leurtal, la encontraré pronta ya para marchar, y partiremos. Subiremos en un carruaje de alquiler, y como estos son siempre malos y hay mil razones plausibles para quejarse de ellos, hablaremos del carruaje. Llegaremos al ferro-carril, y entonces se hallarán mil motivos de conversacion. Hay las salas de descanso, los wagons, las máquinas, mil cosas que hubiera podido esplicarle á V., porque soy ingeniero, señora, alumno de la escuela Politécnica. Hubiéramos hablado de carriles, de tuneles, de viaductos, y hubiéramos llegado á San German sin ocuparnos de Mr. de Fortis. Pero nada de esto ha sucedido y todos mis planes han sido trastornados. En el momento de ponernos en camino empieza á llover. Me hace V. preguntas relativas á las personas que recibe Mr. Dallois, y me veo obligado á contestar; me pregunta V. mi opinion sobre ellas, y soy demasiado honrado y franco para no decir lo que siento. No es culpa mia... dicen que soy aturdido é ir secuento; lo que tengo es que soy desgraciado, y esta es la verdad... la he disgustado á V., y esta es indudablemente la mayor desgracia que me pudiera suceder.

Al decir Anselmo esta frase tembló su voz, y pronunció las últimas palabras con tan tierno acento, que Amelia se turbó. Sin embargo, la pareció ridículo el dejarse dominar por las ideas locas de aquel joven á quien no conocia, y queriendo dar á la conversacion un tono de jovialidad que destruyera completamente el giro sentimental que poco á poco había ido tomando, contestó:

—¡Pues bien! olvidemos cuanto ha pasado, y figurémonos que empieza á ponerse en práctica su plan de V.

Se puso entonces el sombrero y cogió su sombrilla.

—Llega V. ahora, continuó, estoy pronta para marchar, partamos.

—Como V. guste, señora... pero llueve un poco aun.

—No señor... no llueve.

—Permitame V. entonces que vaya á buscar un carruaje.

—No le necesito.

—Hay mucho lodo en las calles.

—Se andar á pié.

—Vamos, señora, sea V. complaciente. He sido bastante grosero y torpe para que no me obligue V. á acompañarla con ese traje elegante atravesando calles impracticables... Antes de cinco minutos estoy de vuelta.

—¡Oh! si cree V. que quiero ir á pié porque estoy incomodada, se equivoca, y para probarse vaya V. á buscar un carruaje, que le espero... vamos, vaya V.

Anselmo se dirigió lentamente hacia la puerta de la sala, y salió.

La señora de Leurtal le oía atravesar el corredor, cuando un campanillazo bastante fuerte resonó en la habitacion.

Cuando Amelia sintió el campanillazo, escuchó para ver si Mr. Ferou, que se hallaba á la sazón en la antesala, abría la puerta como parecia natural. Pero no oyó ruido alguno.

A nadie esperaba Amelia, y podia ser alguno que se equivocara de puerta; seguía pues escuchando, cuando sonó la campanilla otra vez.

ción:» y de que «un granado de flor se atreva á no dar fruto en las barbas del siglo XIX:»—De la pluma que traza rasgos tan bellos y satíricos no debían de salir exclamaciones por este estilo, propias de un imitador servil de Valdegamas:

«Dios santo! ¿dónde querrán llevarnos los enemigos de la religión y de todo lo existente, que empezando por los filósofos del siglo XVIII, pasando por Marat, Robespierre y Prudhon, tremolan el rojo pendón?»

Esto sin contar que de los que en España combaten utopías sociales, se puede decir lo de aquellos valentones que pelean con su sombra. ¿En dónde están los filósofos y los innovadores que nos pervierten? ¿Qué libro maldito emponzoña la atmósfera moral de nuestro pueblo, aquí donde no hay libro, ni pensamiento, ni cosa alguna que al nacer no se ahogue? Y si V. me replica que alude á los escritores franceses, yo le responderé que á esos tan dañinos no los leería nuestro pueblo si escritores asustadizos por ensañarse en algo no les hubieran dado el atractivo de la fruta vedada.

En suma, Fernán, que este artículo va ya creciendo demasiado, paréceme que anda V. descaminada en Clemencia por lo tocante á la parte filosófica; así como en la literaria raya V. á una altura envidiable. En mi segunda y última carta, caso de que le pareciesen un tanto aceptables algunas reflexiones de este, diré á V. mi opinión sobre su precioso libro, que disimulados estos defectos en gracia de sus innumerables bellezas, le ponen á V. en el caso de decir que su pseudónimo pasará á la posteridad con mas justicia que casi todos los nombres propios que hoy forman nuestra falange literaria.

Madrid, 30 de diciembre de 1852.

VICENTE BARRANTES.

CORRECCION DEL ESTILO Y DEL LENGUAJE.

*Sur-tout qu'en vos écrits la langue révére,
dans vos plus grands excès vous soit toujours sacrée.*
BOILEAU.

El estilo es en un escrito lo que el rostro en el hombre. Así como el rostro establece la diferencia mas notable entre los individuos del género humano, así el diverso carácter del estilo distingue unos escritores de otros, y sobre todo los buenos de los malos. Esto es tan obvio que no necesita probarse. Pero si tratamos de determinar los caracteres que constituyen la belleza del rostro como la del estilo, encontraremos ya divididas las opiniones. Consiste aquella para unos en la regularidad de las líneas, en la perfección de las formas, en la armonía de las facciones; para otros en la espresion que las anima, en la gracia que las da vida, en la inteligencia que se revela en ellas. Mujeres hermosas hay que no agradan; mientras que otras, cuyas facciones no son perfectas, tienen una atracción y un encanto irresistibles; algunos escritores correctos y clásicos no pueden leerse sin cansancio; mientras se encuentran otros cuyas obras, irregulares tal vez en la forma, están sembradas de bellezas.

Ahora bien: hé aquí la cuestion que debemos ante todo resolver. ¿Debe darse la preferencia en las obras puramente literarias al asunto y á las ideas, ó al lenguaje y al estilo con que este asunto y estas ideas estan espresadas? Nosotros, sin desatender tampoco lo primero, creemos que debe cuidarse mucho lo segundo.

El lenguaje es al escritor lo que al pintor el colorido. Que Esquivel diseñe un cuadro de historia, ó Madrazo un retrato: dádseles después á un embaudornado que los concluya, y veire el partido que saca. «Demos á un poeta mediano, dice Le Batteux (1), el plan del *Lutrin* (poema de Boileau), designado hasta en sus menores detalles. ¿Hará de él lo que su autor ha sabido hacer? Dénsese hasta las espresiones; él las colocará de manera que afee todos los pensamientos, porque no tendrá como Boileau bastante gusto

Pour sentir le pouvoir d'un mot mis sur sa place.»

En efecto, si el asunto, si las ideas solamente fuesen las que constituyesen el mérito en los buenos escritores, habría que reducir mucho su número, ya escaso. Los filósofos que tratan los altos asuntos de moral, aquellos á quienes las ciencias naturales deben sus mas importantes descubrimientos, serian únicamente considerados como escritores: y ¿dónde quedaria la bella literatura?

Si la dición y el estilo no fuesen mas que un mérito secundario ¿cómo se hubiera hecho célebre D. Luis de Jáuregui con su traducción del *Aminta*? ¿Quién leería las églogas de Garcilaso si su lenguaje no fuese tan correcto y tan puro? Quítese á un gran número de comedias de nuestro teatro antiguo la versificación, el escrito, sustituyéndoles con un estilo descuidado y flojo, ¿qué quedará? Lo repetimos: el estilo es la cualidad que mas realza las obras literarias.

Opiniones de mayor peso vendrán en apoyo de la nuestra. Oigamos á La Harpe, llamado el Quintiliano francés: «Entre los griegos el mayor mérito, según lo que dice Aristóteles, consistía en el asunto y en el plan: entre nosotros, al contrario, consiste en el estilo (2).» «Lo que me distingue de Pradon, decía Racine, es que sé escribir.» «Homero, Platon, Virgilio, Horacio, no tienen la supremacía sobre otros escritores (dice La Bruyère) sino por sus espresiones y por sus imágenes (3).» Otro célebre escritor desenvuelve con mas claridad y estension esta misma idea. «Las obras bien escritas, dice, son las únicas que pasarán á la posteridad: la abundancia de los conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad misma de los descubrimientos no son garantías suficientes de inmortalidad. Si las obras que los contienen están escritas sin gusto, sin nobleza y sin ingenio perecerán; porque los conocimientos, los hechos y los descubrimientos se trasladan fácilmente de un autor á otro, y ganan aun en ser tratadas por plumas mas hábiles. Estas cosas están fuera del hombre; el estilo es el hombre mismo. El estilo no puede pues ser plagiado, ni alterado; y si es elevado, noble, su-

blime, el autor será admirado del mismo modo en cualquier tiempo (4).» Queda pues probado que si el asunto y los pensamientos que constituyen el fondo de una obra merecen ser atendidos, no debe serlo menos ese bello ropaje que se llama estilo.

Me he detenido tal vez mucho en lo que parece tan demostrado de sí mismo, acaso he ido demasiado lejos, y parecerá que, materialista en literatura, quiero darle todo á las formas y nada al pensamiento. Pero cuando en nuestro tiempo se quiere dar todo al pensamiento y nada á las formas, cuando entre nosotros, salvas cortas y honrosas escepciones, se descuidan el estilo, y la corrección y pureza del lenguaje; y cuando con la invasion del gusto francés y de tantas malas traducciones, ha perdido tanto el idioma de Cervantes y de Granada, preciso es despertar fuertemente la atención sobre un punto tan importante, y demostrar al público, cuyo buen gusto está por desgracia tan estraviado, en qué consiste lo bueno y lo malo en literatura: tarea á que debieran haberse aplicado mas todos los escritores, en vez de doblegarse, por arrancarles algunos aplausos del momento, á lisonjear sus malos instintos, haciendo que tengan tan triste y verdadera aplicacion en todos los tiempos aquellos dos versos tan repetidos:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Por eso he querido emplear mis débiles esfuerzos para llamar la atención de nuestros escritores sobre un punto tan importante, y salir á la defensa de nuestra lengua castellana, que no tiene ya *fisonomía propia*, á fuerza de los lunares franceses que la cubren.

Compárese el estilo de nuestros escritores clásicos con el que hoy generalmente se emplea, sobre todo en prosa. ¿Qué diferencia! A la elevación de las imágenes ha sucedido una locucion pobre y trivial: á la sonoridad majestuosa de aquellos bien cortados períodos, la aridez de un estilo forzado y difícil; á la noble sencillez en el decir, la afectacion que se encumbra mucho sin decir nada; á las elegantes inversiones, la construccion servilmente gramatical de la lengua francesa; y finalmente, á nuestros giros tan variados, tan galanos, tan armoniosos, otros giros enteramente franceses.

Preciso es conocerlo: nuestro idioma solo conserva de castellano las palabras. ¿Qué digo? Hasta estas se van sustituyendo con palabras extranjeras: á la junta de lectura llamamos *comité*, á la comision de aplausos *claque*, á una obra adornada con grabados una obra *ilustrada*, á una tertulia ó á un baile *soirée* ó *raout*, á una idea que nace ó se revela, una idea que *surge*, y no falta quien haya adoptado las palabras *confortable*, *espiritual*, etc. formando un galimatías insufrible.

¿Es tan difícil escribir con pureza? ¿Tan pobre es nuestro idioma que necesitamos recurrir á los extraños para espresar nuestras ideas? No: la lengua en que escribió Cervantes el *Quijote*, no es pobre: la lengua de que se sirvieron Herrera y Garcilaso, Granada y Leon, Calderon y Lope, no está desprovista de armonía, de espresion, de galas. Estudiémosla, aprendamos á manejarla, y trabajemos por devolverla su primitivo esplendor, lo que conseguiremos procurando que nuestro lenguaje sea siempre correcto y puro.

La pureza del lenguaje consiste no solo en que sean castizas las palabras, sino en que su combinacion sea tambien genial de nuestro idioma, dándole giros enteramente castellanos, evitando la repetición innecesaria de los pronombres y de los artículos, y huyendo con sumo cuidado de los galicismos que se cometen en el dia con tanta frecuencia.

Mas que á la corrección de las palabras, suele faltarse comunmente á la de las cláusulas ó sentencias; y estas faltas son muy reprehensibles, porque una construccion defectuosa da á entender que se ignoran las reglas gramaticales, y el que se pone á escribir sin conocer bien á fondo la gramática de su lengua, es como el arquitecto que no sabe geometría, como el pintor que no sabe dibujo, como el piloto que se engolfa en alta mar sin conocer el mecanismo del buque que va á dirigir. ¿Quién es el que puede preciarse de conocer bien su idioma? Por mucho que se estudie, siempre quedará en él algo que aprender. Pero no es en la gramática solamente donde podemos estudiarlo, sino en las obras de nuestros escritores clásicos, que así las tomáramos en las manos con tanta frecuencia como tomamos las de Dumas, Soulié y Victor-Hugo. Aprendemos el francés, el inglés, el italiano, y nos olvidamos de aprender el castellano, que sabemos como los loros, por imitacion y por costumbre.

Queremos que en nuestros escritos se encuentren grandes pensamientos, y nos cuidamos muy poco del modo de espresarlos; sin considerar que «buscando las palabras se encuentran las ideas».

«Los siglos son plagarios unos de otros,» dice Lamartine. Casi todo está dicho. ¿Qué queda pues? El modo de decirlo.

JOSE MARÍA DE LARREA.

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

PREFACIO.

¿Por qué, aunque soy gato, no he de encabezar mi obra con un prólogo, como lo hacen los autores bipedos? No encuentro razon en contrario, y por lo tanto quiero asirme á mi derecho de fastidiar al lector hablándole de mí. Porque, aun cuando no soy mas que un pobre cuadrúpedo, he observado que el único objeto de los prólogos es elogiarse el autor á sí mismo. Por mi parte quiero ser discreto, y en vez de emplear unas cien páginas en poner mi obra en las nubes, le consagraré únicamente algunas líneas. Sobre todo, no quiero valerme de las frases que se usan en casos semejantes, por ejemplo: *No somos del número de aquellos que... ó bien: si*

(3) Buffon, *Discours de réception à l'Académie.*

algun criticastro nos censura, le responderemos en nombre de la ciencia, que... etc., etc., etc.

Diré pues clara y sencillamente:

Mi libro es el mas delicioso de cuantos se han escrito; soy un gato letrado muy distinguido; tengo muchísimo talento... un talento á prueba de bomba; los críticos que se atrevan á censurarme serán unos canallas de tomo y lomo.

Hé aquí mi prefacio, y á fé de Moumoute, dice lo mismo que todos los que se encuentran en cuantas obras ven la luz pública, aunque con la ventaja de que yo no me cubro con la capa de modestia y de hipocresía, tan general en estos tiempos de ignorancia y de vanidad.

Y ya que he satisfecho mi cacho de amor propio gatuno, esponiendo lo que opino acerca del libro que vais á recorrer, doy principio á la narracion, y deseo que después de haber saboreado estos garrapatos, os agradezco tanto como á mí.

Lo cual quiere decir algo.

Ya veis que para escribir esto no me he calentado la moltera: he hecho lo que vosotros cuando plagiais ideas, trajes, contorsiones, y hasta el modo de andar.—Moumoute, *gato literato, bachiller ratonero, individuo de muchas sociedades sábias, director y profesor de un instituto, presidente de la garfia, etc., etc., etc.*

AVENTURAS DE CARNAGE.

CAPITULO PRIMERO.

Origen de Carnage.—Infame conducta de su padre.—Retrato de su madre.—La dama del mercado.—Seis niños á la intemperie.—Infancia de Carnage.—Su glotonería.—Una ventaja.

Carnage era de raza cruzada, pues su padre era carlin y su madre de casta de podenco. Nada diré aquí del autor de sus dias, pues tengo para esto ciertas razones que parecerán suficientes á mis lectores: la primera es, que mi amigo, por quien supe sus aventuras, ha guardado siempre respecto á este particular un silencio obstinado, y nada me ha dicho acerca de él. Este silencio me ha hecho reflexionar muchísimo; he procurado inquirir la causa, y se me figura que Carnage se ha abstenido de hablar del perro á quien debió la vida, tan solo porque nada tenia que decir que pudiera favorecerle, lo cual hubiera herido su susceptibilidad filial. Creo poder afirmar que el padre de mi amigo era un solemnisimo bribon, escamoteador de buenos trozos, malo, pendenciero, en fin, lo que se llama un perro sin patria ni hogar. Apoyo esta opinion, al parecer aventurada, en el hecho siguiente:

Pensando cierto dia en que al fin iba á escribir las aventuras de mi amigo, y queriendo procurarme las noticias necesarias, le pregunté directamente acerca de su padre.

—Mi padre... mi padre... gruñó entre irritado y confuso: nunca le he conocido.

—¿Ha muerto acaso? mayé con interés.

—Lo ignoro.

—Pero tu madre te habrá hablado de él...

—Nunca... ¡Se ha portado tan mal con ella!...

—¿Pues qué ha hecho? insistí vivamente, y conduciéndome el interés hasta la curiosidad.

Pero Carnage bajó la cabeza, pareció como que dudaba, y de pronto me dejó solo, gruñendo segun acostumbraban los perros cuando se incomodan y no quieren reñir formalmente. De aquí deduje que el padre de Carnage se habia portado como un tunante, y que habia abandonado á la infortunada madre de mi amigo en la situacion mas interesante, dejándola con seis cachorrillos y sin recursos, como hacen algunos malos casados.

Esto es cuanto puedo decir acerca del padre de Carnage. Ya he dicho antes que su madre era de casta podenca, y ahora añado que tenia hermosísimas manchas claras sobre el fondo negro de su lustroso pelo. Sus patas ostentaban asimismo iguales caracteres, y tambien su gracioso y afilado hocico: en medio del pecho llevaba un gran escudo blanco, que hacia resaltar notablemente el brillo de su ropaje. Reúnase á estas ventajas unos hermosos dientes, ojos salientes y rasgados, y orejas que comunicaban á su fisonomía cierto aire de coqueta, y se tendrá el retrato de la madre de Carnage. Tenia la cola cortada y respondia al nombre de Mirza.

Carnage era escoces, ó mejor dicho, habia nacido en el puente de San Eustaquio, lo cual no es lo mismo. Mirza pertenecía á una señora del mercado, que la queria con un afecto que solo podia compararse al odio que le inspiraba su propio esposo, de quien estaba separada hacia muchos años. El cariño de aquella comadre hacia su perra, la obligaba á establecer comparaciones entre su suerte y la de Mirza.

—¡Pobre perra mia! tambien te ha abandonado tu perro monstruo, lo mismo que á mí mi perro marido. ¡Y me ha dejado sin medios para educar á mis hijos! Pero Dios ha tenido misericordia de estas pobres criaturas, y ha hecho que prospere mi comercio. Tambien cuidaré de tí, pobre Mirza, y serás mi compañera inseparable, ya que la suerte se ha empeñado en perseguirte lo mismo que á mí. ¡Ah! Yo te aseguro que con el tiempo serás mas dichosa que yo, porque, ¿quién sabe si á mis hijos les tocará la suerte de soldados? Ya ves que los tuyos no están sujetos á ese percance, y que por consiguiente no te amenaza el dolor de que lleguen á abandonarte en lo mas florido de su juventud.

A estos discursos y á otros semejantes acompañaban siempre caricias que Mirza recibia mostrándose reconocida. Adoraba pues á su ama y nada en el mundo hubiera podido decirle á que la separase de ella un instante; seguiala á todas partes y permanecía á su lado en el mercado, pasando el tiempo en dormir ó en morder las piernas á los transeuntes, distraccion en extremo agradable para el que á ella se entrega.

Aproximábase el momento en que Mirza debia parir, y su ama la decia todas las mañanas:

—Quédate en casa, Zaza mia, porque en tu estado no debes esponerte á que en la calle te suceda alguna desgracia.

Mirza no hacia caso de la advertencia y seguía á su ama contra el gusto de esta. Aconteció que un dia desapareció la perra, en tanto que la frutera se hallaba ocupada en arreglar sus canastas, pero no tardó en echarla de menos.

—¿Dónde está mi Zaza? exclamó con inquietud. ¡Zaza! ¡Zaza!

(La continuacion en la página 14.)

(1) *Principes de littérature.*

(2) *Cours de littérature.*

(3) Marmontel, *Poétique française.*

NOCHE DE ESTIO.

POESIA DE DON ANTONIO ARNAO.

Ya subiendo va la luna...
Ya refleja en la laguna...
susurrando
corre el viento,
y á su blando
movimiento
gime el bosque secular;
mientras lejos triste suena
la apacible cantilena
del que vaga
por los mares
cuando halaga
sus pesares
de los remos al sonar.

Ven al valle donde en calma
venturosa mira el alma
ese cielo
tachonado
como un velo
preparado
á la esposa de un señor;
donde, rotas sus cadenas,
y olvidada de sus penas,
de ilusiones
corre henchida
las regiones
de la vida,
de la paz y del amor.

MUSICA DE D. MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

ANDANTINO.

PIANO.

con 8.^a

The piano introduction consists of two staves. The right hand starts with a series of chords and moving lines, while the left hand provides a harmonic accompaniment. Dynamics include *F.* (forte), *ff.* (fortissimo), and *P.* (piano).

Ya su - bien - do va la lu - na... Ya re - fle - ja en la la - gu - na... Su - sur - ritard.

The first line of the song features a vocal melody with lyrics and a piano accompaniment. The piano part includes a *ritard.* (ritardando) marking. Dynamics include *F.* and *P.*

- ran - do cor - re el vien - to, y á su blan - do mo - vi - mien - to gi - me el bos - que se - cu - lar. Mi - en - tras

The second line of the song continues the vocal melody and piano accompaniment. Dynamics include *P.*

le - jos tris - te sue - na la a - pa - ci - ble can - ti - le - na, del que

The third line of the song concludes the vocal melody and piano accompaniment. Dynamics include *P.*



menos

va- ga por los ma- res Cuan-do al- ha - ga sus pe - sa - res, de los re - mos al so -

ritard.

ritard. *menos*

- - nar Cuan-do al- ha - ga sus pe - sa - res de los re - mos al so - nar. De los

F. *P.* *F.* *P.*

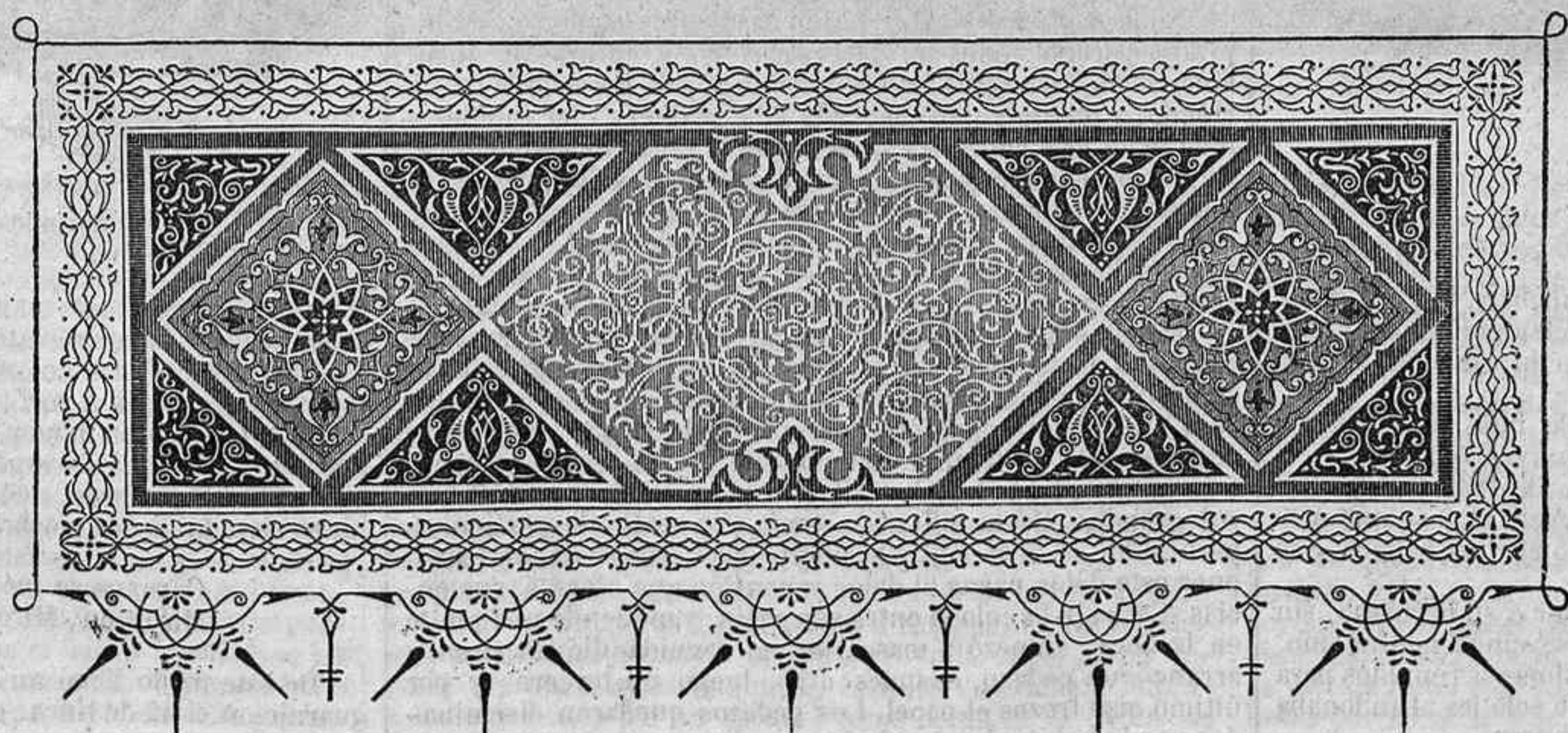
menos.

re - mos al so - - - nar. *pp.* De los re - mos al so -

dismin. *ritard.*

nar.

mas perendosi. *P.* *mas P.*



CAPITULO II.

En vano la llamó á gritos, pues ningun ladrido respondió á sus voces. Todos los mozos del mercado se dispersaron al punto en busca de la fugitiva, cuando de pronto se oyó un concierto de gruñidos debajo de los canastos de frutas.

—¿Qué ruido es ese? preguntan algunas comadres. Registran por todas partes y descubren á la pobre Mirza rodeada de los hijuelos á quienes acaba de echar al mundo. ¡Qué cuadro tan patético! Seis cachorros, y los infelices parecidos á su padre... que se arremolinan, que trepan unos sobre otros y se confunden con su madre, que á todos atiende con maternal solicitud.

Mi desgraciado amigo, al referirme su nacimiento, me decía que había venido al mundo entre peras y manzanas; pero volvamos á mi relato.

Al observar el ama de Mirza que esta había parido, puso el grito en el cielo.

—¡Bien te lo decía yo, exclamaba, pobre Mirza! Al fin ha salido mi pronóstico, pues siempre me figuré que te sucedería eso, ú otra cosa peor, en medio de la calle.

En seguida colmó á la perra de caricias. Los mozos del mercado fuéron contando la aventura en todos los puestos, y al punto se reunió un círculo de comadres al rededor del sitio en que Mirza había depositado sus perrillos.

—¿Con que Mirza es ya madre? preguntó una de ellas con acento compungido.

—¡Ah! No me lo recuerdes, contestó la frutera. ¡Cuánto habrá sufrido la pobrecilla!

—¿Y qué piensas hacer con su prole? dijo otra. Supongo que no le dejarás los seis, y que matarás tres.

—¡Tres!... ¡Muger sin entrañas!... Muchas veces me he preguntado con qué derecho destruye el hombre, ese verdugo de perros y gatos, las obras de la naturaleza. Dicen que lo hacen para aliviar á la madres, como si la naturaleza, al permitir que un animal de nuestra especie dé la vida á cinco ó seis hijuelos, no le proporcionase al mismo tiempo los medios de alimentarlos. ¡Ah! ¡Qué hombres! ¡Qué hombres!

La observacion de la comadre iba á prevalecer, porque no estaba yo allí para oponerme á ella, y porque aun cuando hubiese presenciado la conversacion, no me hubieran comprendido. La eleccion se había ya verificado, las víctimas estaban designadas y se disponian á cogerlas, cuando Mirza manifestó de pronto á tal intento una oposicion inesperada. Gruñó con fuerza, se levantó, ladró y aun enseñó los dientes. ¡Madre cariñosa! A no ser por su intervencion, tres cachorrillos suyos hubieran dado por el puente Nuevo el salto mortal que un mozo de café me hizo dar á mí por el puente Real.

—Supuesto que Mirza no quiere, dijo su ama, conservará sus seis hijitos, y ahora mismo voy á llevarlos á casa.

Así nació Carnage. Nada os diré de los primeros dias de su infancia, pues los pasó colgado del pecho de su madre, que le prodigaba un alimento sano y abundante. Merced á su constante afición á la teta, llegó á ser en breve el mas fuerte de los hijos de Mirza, y se aprovechó muchas veces de su robustez para escatimar el alimento á sus hermanos, pues los ar-

El primer diente.—Nombre y estado.—Carnage va á la guerra.—Los reclutas.—El viberón Darbó.

Mirza hasta entonces no había intervenido en las reyertas intestinas de sus hijuelos; se hallaban abandonados á sí mismos y tenían aun pocas nociones de justicia, para que faltasen abusos en su pequeña república. Las cabezadas, pues no podían morder como querían por falta de dientes, habían hecho mas prudente á Carnage, aunque sin disminuir el formidable apetito á que se había acostumbrado. El pobre carlin padecía á su vez, pues tenía que contentarse con su racion de leche, cuando antes no le bastaban las de sus hermanos. Mientras no conocieron sus hermanos que la union constituye la fuer-



Recuerdos intimos de tiempo del imperio.

za, abusó de su poder hasta convertirse en opresor; pero después le tocó ser oprimido por sus propias víctimas. Nada mas justo.

Llegó el tiempo en que Carnage sintió que iba á echar el primer diente, y esta circunstancia puso el colmo á su desventura. Hé aquí cómo. Mirza, que hasta entonces no se había mezclado en las discusiones de sus hijos, se sintió cierto dia morder por Carnage, mientras este mamaba. El carlin tenía las encias echando fuego, como sucede siempre que nacen los primeros dientes, y mordía sin cesar para aliviar sus dolores. Pero Mirza no lo sufrió con paciencia; arrancó á su hijo del pecho, y agarrándolo con la boca, lo arrojó fuera del cesto. A los aullidos del espulsado acudió la frutera, y esta lo colocó junto á la madre, que repitió la misma operacion, con la añadidura de una pequeña dentellada para enseñarle á ser menos discolor. Carnage era verdaderamente desgraciado, y aquella vida de sufrimientos duraba ya ocho dias, cuando una circunstancia decidió de su suerte y le proporcionó de un golpe nombre y estado. Y digo nombre, porque aunque desde el principio de esta historia me he servido del de Carnage, á fin de designar á mi amigo, lo he hecho por via de anticipacion, pues aun no le correspondia. Ahora veremos en qué circunstancia lo adquirió.

El ama de Mirza tenía un hijo, un famoso mancebo, hecho y derecho, como ella decía, y que había entrado en suerte para soldado. Cierta mañana se presentó Juan á su madre con el semblante abatido y la mochila sobre los hombros: Carnage sufría horribles dolores en las encias y había pasado toda la noche mordiendo un zapato, con la esperanza de aliviarse.

No procuraré describir lo que pasó entre la madre y el hijo al separarse, pues no garrapateo las aventuras de Juan, sino las de Carnage. El recluta había dejado la mochila en un rincón, y mi amigo se acercó á ella, primero con timidez y luego con mas confianza, hasta que al fin se colocó encima. Un papel sostenido por la correa llamó su atencion; desde entonces fué su único objeto apoderarse de él, y por lo tanto empezó á trabajar afanosamente para conseguirlo. Por último á la media hora de esfuerzos ya lo tenía en la boca. ¡Qué ocasión para ejercitar los dienteillos, que ya asomaban!

Aquella lucha con el papel no se terminó sin muchos gruñidos por parte de mi amigo; pero la madre y el hijo estaban demasiado entretenidos con su afliccion para atender á otra cosa. Así fué que tampoco oyeron el ladrido que arrojó Carnage en señal de triunfo. Dueño este de su tesoro, empezó á jugar con él en el suelo, saltando y gruñendo como los perros grandes. Hasta allí nada tenía el asunto de particular, pero al fin se hizo sentir el diente de Carnage en el papel, pues este debía pagar el dolor repentino que atacó á sus encias. Carnage lo colocó entre sus patas, y mefiendo una punta en la boca, empezó á mascarle; en seguida dió un tiron y arrancó un pedazo, después otro, luego un tercero, y por último hizo trozos el papel. Los pedazos quedaron diseminados por la habitacion, y el jóven carlin prosiguió con ellos la

zambra, saltando, mordiéndolos y entregándose á la locura y al delirio. De repente resonó la voz de la frutera.

—¡Dios mio! exclamó, ¿qué es lo que ha hecho ese pícaro perro? ¡Qué destrozo! Mira, Juan; yo creo que ese papel es tuyo... ¡Ah! Ya estoy cansada de un animal tan travieso... lo voy á dar, pues hace ocho dias que todo lo echa á barato.

Mientras hablaba su madre, Juan voló hácia su mochila.

—¡Cielos! gritó desesperado. ¡Mi pasaporte! ¡Es mi pasaporte!

—¡Tu pasaporte!... ¡Ah!... Espera, espera; voy á matar al perro.

Carnage, que había conocido las intenciones hostiles de la frutera, se refugió prudentemente bajo una cama. Aunque Juan se encontró al principio sin saber qué hacer, al fin consideró que presentándose á pedir otro pasaporte, todo se compondría. Pero como el tiempo urgía, ya no le quedaba espacio para permanecer con su madre: la abrazó pues con el mayor cariño, cogió la mochila, y ya tenía la mano en la cerradura de la puerta, cuando Carnage, viendo que ya no se acordaban de él, sacó la nariz por debajo de la colcha.

—¡Ah! Mirale, mirale, dijo la frutera: Juan, si quieres hacerme un favor, llévalo contigo y dispon de su suerte, pues no quiero sufrir por mas tiempo sus bellaquerías.

—Pues bien, contestó Juan; irá conmigo, pues no le quiero mal, aunque ha destrozado mi pasaporte. Será perro del regimiento y nos darán juntos la licencia absoluta.

—Haz lo que quieras, pero te prevengo que nada dejará sano y salvo en tu compañía.

—¡Bah! ¡Bah! Tanto peor para mis camaradas. Desde ahora lo adopto y se llamará Carnage, que al fin es un nombre como otro cualquiera.

Y diciendo y haciendo agarró á mi amigo y dejó á su madre llorando. Lo que menos creía Carnage era que iba á servir en el 42 de línea, en clase de perro del regimiento.

Provisto Juan de un nuevo pasaporte, se reunió con otros reclutas, y todos juntos llegaron á la primera etapa. Carnage, acariciado por todos, había pasado de brazo en brazo, y conducido de este modo había dado sus primeros pasos en la carrera militar. Debo decir que se encontraba muy bien y que era el mas alegre de todos los que acababan de abandonar á París. Una cosa sin embargo llegó á turbar su alegría; tenía hambre, y á la hora de comer le presentaron un plato de sopa. Hizo un gesto espantoso y tuvo que contentarse con contemplar el alimento, que no podría comer.

—¡Toma! dijo un recluta: no le gusta la sopa.

—Ya lo creo, repuso otro; se conoce que mama todavía.

—¿Y cómo lo hemos de alimentar?

—¡Qué idea! ¿no es el señor Darbó el inventor de los viberones?

—Efectivamente; un viberon, venga un viberon del señor Darbó.

Echaron suertes, y dos reclutas entraron en Versalles, á fin de hallar el viberon que buscaban. Media hora después volvieron con él, y se hizo el ensayo. Carnage, loco de con-



Moumoute.

rojaba sin piedad de los puestos que ocupaban, lo cual debía indisponer contra él á aquellos que se consideraban como sus víctimas. El hecho era que enflaquecían en extremo, al paso que Carnage engordaba á mas y mejor.

—Esto no puede durar, decían, ó mas bien pensaban los cinco hermanos, porque eran todavía muy jóvenes para esparcarse en su idioma. Este se apodera de toda la leche de nuestra madre y engorda como un tudesco, al paso que nosotros damos lástima. Nos tiene en poco el muy bellaco y se rie á nuestra costa. Vengüemonos.

Y sin concertarse empezaron á morder á su hermano, sin considerar que era falta de valor ponerse cinco contra uno. Se necesitaban sin embargo todos sus esfuerzos reunidos para contener las invasiones de Carnage, que solo les abandonaba campo después de hartarse á sus anchuras.



Recuerdos intimos de tiempo del imperio.

tento, aspiró con ansia su alimento favorito, ó mejor dicho, el único, que le fué suministrado por una cantinera.

El jóven carlin no contribuyó poco á alegrar el camino: todos le agasajaban á porfía y se divertían con él: uno de los reclutas parodió en honor suyo la famosa cancion de Malborough, y los demás le repetían en coro. Decía así la parodia, que mi amigo recordaba en sus últimos dias, aunque era muy jóven cuando la oyó por primera vez:

Carnage se fué á la guerra,
Mironton, Mironton, Mirontena, etc.

De este modo llegó mi amigo á Poitiers, donde estaba de guarnicion el 42 de línea.

(Continuará.)

LA CAZA DEL OSO
EN LOS ALPES DEL TIROL.

No posee únicamente la Rusia el privilegio de cazar osos, porque como en los altos bosques de los Pirineos y de los Alpes se observa el mismo clima y aun la misma naturaleza que en las llanuras de la Moscúvia, los osos viven en ellos con tanto placer como en las últimas. Se encuentra por consiguiente en las regiones del Mediodía de Europa esta gran caza del Norte, en la cual se ocupan con preferencia los verdaderos aficionados.

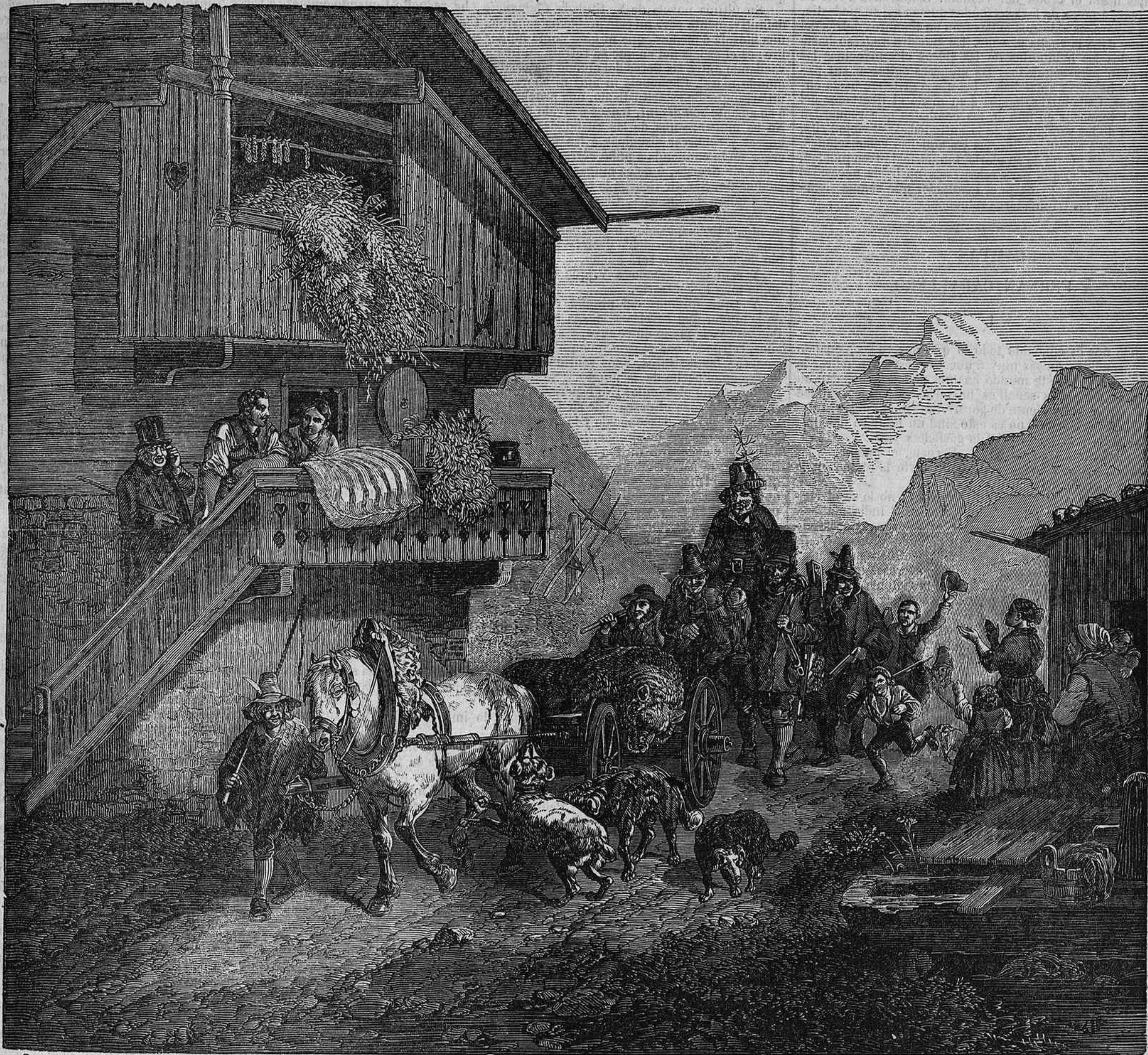
Con mi garrote herrado bajaba yo hacia el Tirol en el verano próximo pasado, después de haber recorrido la Suiza. Llegué una hermosa mañana á la aldea de Ulten, y encontré á todos sus habitantes en movimiento. Un tambor batía el toque de llamada por la calle, y todos los aldeanos abandonaban

vera el voraz apetito que ocasiona una dieta de seis meses, se acercó á las tierras en cultivo, y cuando los granos empezaron á madurar, los destrozaba con una audacia que iba de día en día aumentándose de un modo sorprendente. Veíasele por lo regular, á la caída de la tarde, bajar de su fortaleza, penetrar en los sembrados, sentarse en un campo de maíz ó de avena, como si se hallase á una mesa opíparamente servida, y acercando las espigas á su boca con sus enormes brazos, triturar delicadamente los granos en sazón. En cada comida consumía media fanega de dichos granos.

Temiendo que de este modo llegasen á escasear los víveres, resolvieron los habitantes de Ulten ordenar una batida general contra el nuevo Atila, y eligieron para comandante en jefe de la expedición á un viejo cazador de gamuzas, encanecido en tan duro ejercicio, cuyas piernas comenzaban ya á doblegarse bajo el peso de los años, pero cuya mano era segura, el oído fino y la mirada penetrante. Hacia veinte años que todos le llamaban *der Alte Fritz*, y se conta-

montañeses, que conocen la necesidad de economizar sus fuerzas, y al mismo tiempo con el mayor silencio, lo cual no se consigue en la caza de liebres, es decir, cuando no se teme el menor peligro que haga reflexionar seriamente. Al llegar á la entrada de la garganta en que el oso había sentado sus reales, la columna hizo alto para dividirse, y en tanto que los batidores, desfilando uno á uno, iban á cercar la parte mas baja y mas ancha del precipicio, los cazadores se formaban en la estrecha y alta que el oso debía recorrer necesariamente para llegar á los picachos, cubiertos eternamente de nieves. Uno se ocultaba detrás del tronco de un pino, otro en la punta saliente de alguna roca, todos en fin buscaban un punto de apoyo para evitar las miradas del enemigo y el primer ímpetu de su temible furor. Por lo demás se situaron muy inmediatos entre sí, para prestarse mutuamente auxilio en caso necesario.

A una señal se dió principio á la batida. Creíase que al concierto discordante de gritos que partía de un lado, se de-



Vuelta de la caza del oso.

sus viviendas, unos armados de carabinas, otros de sables, y el resto de largos palos. Llevaban puestos sus trajes de gala, ó de día de fiesta, los cuales, tanto por su corte, como por la mezcla de sus colores y su perfecta semejanza, parecían uniformes militares. Creí al pronto que un nuevo Andrés Hofer proseguía, pues los tiempos eran de trastornos, contra la casa de Austria, el levantamiento de 1809 contra Napoleón. Sin embargo, aquel ruido infernal y aquel aparato guerrero no revelaban tan altos y trascendentales pensamientos. Tratábase pura y sencillamente de desalojar de las inmediaciones de la aldea á un vecino muy incómodo y en extremo peligroso: casi en la cima del monte que domina á Ulten, en una garganta estrecha y debajo de un gran montón de ramas de árboles desgajadas por la tempestad, había tomado cuarteles de invierno un oso formidable. Mientras permaneció en su guarida, aturdido por el frío y lamiéndose las patas por único alimento, á nadie le ocurrió el pensamiento de ir á turbar su descanso. Pero despertando en él la prima-

ban de él aventuras muy singulares. Cierta día, por ejemplo, que había ido persiguiendo cabras monteses hasta los últimos picachos del Voralberg, encontró á *Freyschütz*, al famoso arquero, al diablo-guardian de los cazadores, cuya leyenda teutónica ha popularizado en Alemania la inspirada música de Weber. *Freyschütz* se le acercó y le dijo, señalando la carabina; «¿Qué llevas ahí?—Mi pipa, contestó burlándose el tirolés.—¡Ah! exclamó el diablo: permíteme que dé dos chupadas.—Con mucho gusto, repuso Fritz; y poniendo la boca del cañon de la carabina en la del franco-arquero, tiró del gatillo.—Brrrrrr... gruñó el diablo estornudando tres veces: tu tabaco es muy fuerte; ya veo que todo se mejora en este mundo y que el gusto se deprava.

El viejo Fritz colocó á los aldeanos en órden de batalla, poniendo los tiradores á la cabeza y á retaguardia los ojeadores: la columna se movió al punto, y yo la seguí, pues deseaba ver cómo acabaría aquella belicosa expedición. Subíamos lentamente por el monte, como siempre lo hacen los

cidiria el oso á huir del opuesto; pero fuese astucia ú obstinacion, miedo ó valor, el animal no se movió. Después de esperar largo tiempo, uno de los ojeadores, perdiendo la paciencia, se acercó á la guarida, acompañado de un enorme mastin que le había seguido, pues quiso cerciorarse de que el dueño del castillo no había abandonado furtivamente sus murallas. Aquel alarde hubo de costarle caro, pues á la vista del perro, que osó llegar hasta su retiro, el oso se lanzó, y antes que el mastin tuviese tiempo de retirarse, lo atrapó con sus garras, lo sujetó entre sus brazos, lo estrechó contra el pecho, le descoyuntó los huesos con aquel abrazo, y lo dejó acto continuo caer en tierra, tan aplastado como si un cilindro de allanar hubiese pasado sobre su cuerpo. El ojeador tambien había dado consigo en el suelo, tal vez de miedo, ó por hacerse el muerto y evitar así las terribles caricias de la fiera. Esta se aproximó al fingido cadáver, empezó á olerle, y ya estendía una pata para darle vuelta, cuando una bala penetró por su oído y le dejó realmente muerto, al lado del-

ojeador, que temblaba y se creía ya en el otro mundo. El viejo Fritz había descargado su carabina, y el tiro fué tan certero como atrevido. Un hurra general contestó á la detonación, y cazadores y batidores corrieron á contemplar el terrible animal, que tan á tiempo había quedado sin vida. Uno media el cuerpo, desde el rabo al hocico; otro le abría las quijadas para enseñar á los demás aquella blanca y poderosa dentadura; otro en fin hacía notar la gordura y la fuerza de los brazos, la amplitud de las patas y las temibles garras.

No tardó en presentarse en el campo de batalla un carro de cuatro ruedas, tirado por un solo caballo: en él colocaron los aldeanos al oso, dándole la actitud mas amenazadora que pudieron. En cuanto al viejo Fritz, le esperaba otro honor. Desde luego quedó adornado su puntiagudo sombrero con un ramo florido del *rhododendron*, que llaman generalmente rosa de los Alpes: en seguida sus compañeros formaron con ramas de pino una especie de silla de manos, semejante á la *sella gestatoria* que conduce al Papa en las grandes ceremonias religiosas de Roma, y á la *portantina*, que sirve para izar á las damas hasta el cráter del Vesubio. Sentaron á Fritz en aquel pavés, á pesar de los escrúpulos que opuso su modestia, y cuatro vigorosos aldeanos le llevaron en hombros detrás del carro, que daba la vuelta al valle. En nuestro regreso hasta Ulten, todos los habitantes de las aldeas circunvecinas las abandonaron para seguirnos: las mugeres agitaban sus pañuelos, los hombres aplaudían y los niños gritaban hasta ensordecernos. Cada cual saludaba á su modo al libertador del cantón, al vencedor en uno de los combates que recuerdan las proezas de los semidioses de la antigüedad: el viejo Fritz, acostumbrado á aquellas victorias y á aquellas aclamaciones, manifestaba, en medio de su gloria, tan perfecta tranquilidad, y tan poco orgullo, que para rebajárselo no había necesidad de que acompañase al cortejo el insultador que seguía siempre al carro de los triunfadores romanos.

CARTAS

Á FERNAN CABALLERO.

I.

Cuando nos es conocido todo lo que nos rodea, cuando hemos aprendido, quizás muy á nuestra costa, á penetrar la corteza exterior de este mundo en que vivimos, nos dan un placer muy puro esos sencillos misterios que la casualidad forja, ó tal ó cual accidente de poca valía. No la vulgar atracción de lo desconocido, no es esto sino un impulso del alma cansada de agitarse en un círculo gastado y viejo.

Estas reflexiones me inspiran, Fernan, el nombre y las obras de V.; estas reflexiones me han puesto la pluma en la mano para escribir esta carta.

¿A quién me dirijo? ¿quién me escucha? no lo sé ciertamente, y esta es para mí la mayor prueba del indisputable y grandísimo talento de V. Cuando en todos los escritores nacionales y extranjeros domina el yo ridículo y vano, V. ha sabido permanecer anónima, pese á los gacetilleros de Madrid y de Sevilla, vendedores al por menor de secretos que no son suyos. A estas horas que cuenta V. una respetable antigüedad en las letras, nadie se atreve todavía á asegurar paladinamente si es V. muger ó hombre, Fernan verídico ó verídica Doña... ¡tente, lengua! Salvo algunos elegidos, pocos por su fortuna y por la de V. discretos, el público lee, admira, y acaba por preguntarse—¿quién es? ¿dónde está?—y quedarse como quien ve visiones.

V. decididamente sabe de memoria la fábula del titiritero. No encienda V. nunca la linterna. La oscuridad echa sobre los objetos unas tintas maravillosas que los embellecen.

Solo una parte del gran secreto ha sido revelada á los profanos, y esto no podía menos de suceder, porque era el *quid divinum*, el alma de su mérito y su belleza. Hablo del sexo. Los libros de V. han levantado una puntita no mas del velo de su anonimato, dejando ver, como si la linterna estuviera encendida, clara y palpablemente, el corazón de muger mas tierno, mas amable y mas apasionado del mundo. Así en alta mar, viniendo de Cádiz, por los aromas de que está impregnado el céfiro se adivina el país de las flores, Andalucía, tan amada de V. y de todos los poetas. No le pese á V. de esa violación *in partibus* de su santuario, que ni la hubiera podido evitar por largo tiempo, ni menos le pone otra cosa que quilates muy subidos. Sí, en confesar que es V. muger, ha cobrado estimación doble de los amantes de las letras, pues hasta en esto es V. originalísima. Otras mugeres se ponen para escribir bigotes postizos. V. se debe de perfumar la boca.

De la convicción profunda que tengo de que es V. muger antes que escritora, háme nacido el deseo de hallarla á V. siempre muger en todas sus producciones, siempre corazón, ternura y poética melancolía, muy rara vez análisis, estudio y discreto. Y no porque templado á la antigua yo crea impropios de la muger los altos destinos que son propiedad del hombre, sino porque verdaderamente en la organización de los dos sexos ha puesto Dios como de propósito diferencias tales, que hacen incompatibles con las unas ciertas facultades de los otros. La causa matriz, como diría un escritor que la echase de profundo, la causa matriz es una sola: el instinto que domina sobre todos los del hombre es el egoísmo, lo absoluto, mientras que el de la muger es la expansión, la generosidad, el completo olvido de su propio ser llevado hasta lo sublime. El hombre busca goces para sí; la muger para despilfarrarlos; el hombre se aísla en sus emociones; la muger las reparte con la generosidad del conquistador que reparte el botín de los vencidos. De aquí todas las diferencias de los dos sexos. De aquí que la muger no pueda ser filósofa, porque la filosofía es la ciencia que abstrae, que hace del hombre un ente solo moral, y que le forja para vivir un mundo egoísta á su manera. Si recordamos á las mugeres filósofas del tiempo antiguo, veremos que su único afán fué reducir á ciencia un sentimiento, engañándose completamente á sí mismas. ¿Qué hizo Aspasia sino elevar el amor á ciencia?

Hay á estas reglas escepciones muy raras, que ni desvirtúan ni pueden desvirtuar lo que vengo sentando. Doña Oliva

Sabuco, filósofa del siglo XVI, es para mí lo que debía de ser para Colon la América, antes que la descubriese. Una muger, sola y exclusivamente filósofa, me parece un fenómeno digno de un Colon moral... y trabajo le mando.

La ley del equilibrio, que es la de toda la naturaleza, si bien se mira, se rompería inevitablemente cuando las tendencias morales del hombre fueran las mismas de la muger. Le faltarian á esta sus lágrimas, aroma destilado de la flor de su corazón, y á aquel su lúgubre y poética melancolía, engendrada en el análisis de los dolores.

Ahora bien, Fernan, V. va á parar á filósofa irremisiblemente y debemos de sentirlo con sinceridad sus sinceros admiradores. Con ese ojo escudriñador que tiene V. como nadie, ha querido levantar la corteza del mundo material, que tan bien conoce y pinta; ha querido ver mas y pintar mas, olvidando que va V. á confundir los colores en su paleta. Dios lo ha dicho: no pasarás de aquí. A cada criatura su predisposición y sus tendencias. El camino de V. estaba trazado: abandonarlo es estraviarse, y cuando quiera V. volver al antiguo, quizás no será ya tiempo.

Su última novela de V. titulada *Clemencia*, ha resuelto definitivamente para mí este problema sensible. *Clemencia* es una filósofa á medias, que ni goza como muger ni como hombre: es el espejo fiel en que se retrata su imaginación de V., vacilando entre las flores del mundo material y los abrojos del mundo moral. *Clemencia* ni ama ni aborrece: no es muger: un arranque de espiritualismo, una prueba fútil á que somete á su amante *soit disant*, trueca á olvido la afición que le tenía. No es muger:—una de las cualidades mas bellas de VV. es buscar y rebucarse disculpas á las faltas de sus amantes, y creer en la enmienda á puño cerrado. *Clemencia*, pues, ó no ama á sir George, ó no es muger, cuando deja de amarle tan fácilmente. Si á sir George le repugnaba por asqueroso el pobre á quien dió limosna, *Clemencia*, como cualquiera muger enamorada verdaderamente, debió de atribuirlo á temperamento, á predisposición momentánea, á *spleen*, antes que á falta de corazón. No debió decir:—sir George es malo:—debió decir:—mañana será bueno.

Y esto concediendo á V. que el amor filosofe, que yo opino todo lo contrario.

Y ¿qué diremos del ningun conocimiento del corazón de la muger que revela ese rasgo tan bello á primera vista? Póngase V. la mano en el suyo, y si no ha de contar ya veinte años, retroceda con el pensamiento á esa edad en que las pasiones, y los instintos, y los sentidos, y todo en una palabra, hierve en el pecho de la muger. ¿Se hubiera V. desanimado por tan nimio obstáculo? ¿No esperaría V. que su amor pudiera mas que todo el descaro de sir George? Vamos francos: si lo misterioso, lo desconocido y lo imposible son para las mugeres como cantos de sirenas, ¿no hubiera V. dado mil gracias á Dios por encontrar un fenómeno en sir George? No soy yo Balzac, que parecía debiese á la naturaleza un ojo profundo, que hasta el menor pliegue escudriñaba del corazón femenino; no soy Balzac, y profetizaría sin embargo las reflexiones de una muger en la situación de *Clemencia*. Hasta había de creer ella una obra meritoria al cielo, el seguir amando á sir George por ganarle á las creencias religiosas, por fecundizar su corazón estéril, por otras mil disculpas, en fin, que tan lindamente saben VV. hallar á todo lo que desean.

Pues como filósofa no es menos errada la conducta de *Clemencia*.

Primeramente no la debieron fascinar las maneras elegantes del inglés, lo que llamamos forma en lenguaje culto; porque lo primero que á todo filósofo le ocurre es que la forma está muy rara vez en armonía con el fondo. V. acaso me dirá que *Clemencia* era muger ante todo; pero ¿qué haremos entonces de la filosofía? La materia es flaca: ¿pues no es la filosofía el dominio de la materia?

Aquí tiene V. palpablemente demostrado lo imposible de la muger filósofa, en teoría como en práctica.

Clemencia evita cuidadosamente el ver á sir George después de su rompimiento. ¿Y por qué? Malos años para su filosofía que tan desarmada la dejaba en las garras de sus pasiones. O estas ó aquella no eran verdaderas. A las mil maravillas cuadra aquí un distico de Pedro Corneille que dice en su magnífica tragedia *Polyeucte*.

*Ce n'est qu'en ces assauts qu'eclate la vertu
et l'on doute d'un cœur qui n'a point combattu.*

Clemencia evitando toda ocasión de defenderse con las armas de su filosofía, las da por flojas é inseguras.

Luego ocurre preguntar qué es lo que entiende *Clemencia* por filosofía, puesto que no le hace mella la desesperación de sir George, ni teme que le arrastre al suicidio, cosa muy de temer en un inglés de *pur sang*. Con que se deduce resueltamente que el fondo del carácter de *Clemencia* es un egoísmo refinado que todo lo sacrifica á su felicidad. Y en esto hay circunstancias agravantes. Su pobre primo Pablo, tipo perfecto de los hombres de bien, aunque vulgar en la forma, como suelen serlo todos los hombres de bien para no estar en armonía con el fondo, su pobre primo, desdenado antes, ni recordado siquiera durante los amores del inglés, viene al postre á ser el elegido... ¿de su corazón? no, de su cabeza. Si esto es filosofía, es filosofía materialista, de esa hja de los instintos torpes que tan elocuentemente ha anatematizado en la Academia de Jurisprudencia D. A. de los Ríos Rosas.

Desengáñese V., Fernan, la imaginación de la muger no está templada á ese fuego sublime que disipa como luz del puro sol las tinieblas del mundo moral. No hay por fortuna en el corazón femenino lugar á dos elementos tan enemigos como el amor y la filosofía. V. ha querido hermanarlos, sin duda por el gusto que tenemos los escritores de acometer altas empresas, aun seguros de salir vencidos. ¿Está V. satisfecha de *Clemencia*? Me atrevería á jurar que no. Deja su lectura un incomprendible vacío, que también habrá V. sentido al re-matarla.

Pues si de *Clemencia* pasamos á los *Diálogos* que ha puesto V. en el mismo libro, no saldrá mejor librada de la crítica, en lo que atañe á la parte filosófica. ¡Oh! y es lástima verdaderamente, porque si *Clemencia* es bella como obra literaria, bellísima sobre toda comparación son los *Diálogos*. ¿Por qué no los redujo V. á la sencilla condición de cuadros de costumbres, en vez de darles otras tendencias?

Sucede en filosofía una cosa muy grave, que debieran de tener presente los escritores de aspiraciones altas, y es que si el sofisma conduce en todo al absurdo, en filosofía, y en filosofía cristiana, conduce á la blasfemia, á la impiedad, á las conclusiones heréticas. ¡Impios los *Diálogos*! exclamará V. Sí, Fernan, impíos y mas que impíos. Y vuelvo á decir que es una verdadera lástima, porque á cada uno puede aplicarse la tan sabida leyenda del cuadro de *la Perla*. El primero, *Del albañil ó Cosa cumplida, solo en la otra vida*, parece destinado á probar que la felicidad solamente existe entre esas clases infimas, que con el sudor de su frente amasan y purifican el pan que comen. Si un cuadro mas consolador ha salido de paleta humana, solo será de la de V., Fernan Caballero. Viene el dolor á enturbiarlo un tanto, á formar lo que llamaría un artista el claro-oscuro de la felicidad; pero un ángel, una de esas mugeres bondadosas que tanto se complacen V. en retratar, acude al mismo tiempo ahuyentando el dolor de la mansion bienaventurada. El alma respira al llegar á este punto. La idea religiosa, desarrollada convenientemente, brilla á lo lejos como un faro de salvación; pero de repente, cuando empieza á verse palpable en aquella casa la protección del cielo, el pobre albañil se cae de un andamio, y muere. ¡La protección del cielo no basta á evitar las contingencias de un andamio!

Federico Soulié hubiera pintado un cuadro semejante, aunque con las tintas negras que requeria, para probar lo contrario que V.

¡*Cosa cumplida, solo en la otra vida!* antes revela este título á un escritor volteriano que no á un escritor del temple de Fernan Caballero. Aun concediendo que este mundo solo sea un crisol en que el alma se pone á prueba (que es la verdadera metáfora cristiana), pintar esas anomalías de la suerte como contradicciones, ó llamense injusticias del cielo; hacer al lector figurarse que los buenos hasta en el mundo son felices, para destruir de una plumada todas las ilusiones, todas las esperanzas benditas que se haya forjado, es obra peor que la del que predica la duda ó el escepticismo desembozadamente. Yo de mí sé decir que me han hecho dudar menos las impías conclusiones de Prudhon, que es sin embargo el escritor mas lógico de nuestro siglo, el que arrastra con mas fuerza al convencimiento al mismo lector que se le rie, que no los veinte renglones últimos del cuadro *D. y. Mill*. Si un rayo, si una cosa material en que palpablemente se viese la mano de Dios, matara á Job al fin de su existencia lastimosa, ¿sería, como es, la parábola mas grande, la prueba mas concluyente y mas consoladora de toda la Biblia?

Acaso yo comprenderé de una manera estraña y errónea la filosofía cristiana con aplicación á las obras del ingenio. Acaso el mismo respeto con que la miro, por superior á mis cortos alcances, me lleve á creer imperfectas casi todas las obras que tienden á propagarla. No adopte V. pues, de mis ideas, sino aquellas que sometidas á su claro juicio salgan del análisis en triunfo. Sin ser mi crítica profunda ni maestra, puede darle algun rayo de luz que sus ojos, como esperimentados, truequen luego á estrella y guía del resplandeciente sol de la verdad.

Hácame en esta ocasión desconfiar de mis propias fuerzas el ver que en los notables artículos dedicados á *Clemencia* por jóvenes de mucha valía, nada se dice de su fondo filosófico, nada de la nueva escuela que parece V. adoptar resueltamente. ¿Significa esto error en mí, ó descuido en ellos ocasionado por la admiración que merece *Clemencia* sin duda alguna, considerada bajo otros aspectos?

Sin responder á esta pregunta, que á mí no me toca, aseguro á V. una y mil veces que mis reflexiones son hijas de la sinceridad y del buen deseo, no del prurito que suele aquejar á algunos de salirse de la senda seguida por la generalidad. Estimando en lo muchísimo que merecen los libros de V. y sus buenas prendas literarias, háme dolido con extremo el verla caer en lo que á mí me parece absurdo, en esa filosofía vulgar y añeja, que con anatematizar todo lo presente y hablar de Dios con respeto y énfasis, cree haber hecho ya lo bastante á oponer un dique invencible al torrente desbordado de lo que llaman *ideas del día*. Y esto me lo prueba el ver cómo á diestro y á siniestro sacude V. tajos y reveses contra todas las innovaciones, así las buenas como las malas; cómo confunde V. el socialismo con la filosofía moderna, el escepticismo con la despreocupación, *et sic de cæteris*. Así proceden siempre los que adoptan á ciegas un sistema, y cierto elogio del marqués de Valdegamas que trae el último libro de V., me convence mas y mas de lo que vengo asentando. Por fortuna pareceme que es tiempo todavía de retroceder, pues las contradicciones en que V. incurre á cada paso prueban que no ha llegado á ser idea fija en V. esa filosofía estacionaria, asustadiza y negra de nuestro embajador en París. No se haga V. sistemática por Dios, Fernan Caballero. Mire V. que los ingenios espontáneos y puros como el de V. se agostan al árido contacto de los sistemas exagerados. Sea V. filósofa sin quererlo. La verdadera, la útil, la gran filosofía, brota naturalmente de las ideas de la imaginación inspirada, como entre los pies del labrador que siembra su tierra va naciendo el grano que olvidó en el rastrojo, sin necesidad de que él lo siembre y fecundice, fecundado como está por aquel que nunca deja por-dirse la buena simiente.

Haga V. hablar á los niños ese lenguaje del cielo, que solo V. sabe traducir: en él se verá á Dios mas claro, mas bondadoso y mas justo, que en esas violentas diatribas contra los pensadores modernos, diatribas que desentonan los cuadros de V. hasta el punto de inspirar lástima. Hay además una filosofía puramente literaria, de manga muy ancha, por decirlo así, que en obras como *Clemencia* viene á las mil maravillas. Que perdemos nuestras costumbres venerandas: ponga V. el grito en el cielo:—que ya no hay hombres del temple del Abad, y D. Martín Ladron de Guevara:—ponga V. el grito en el cielo:—que la civilización destruye las nacionalidades:—ponga V. el grito en el cielo. Estas son cuestioncillas de pró y de contra que se deben de tratar, aunque someramente, en las novelas destinadas no mas que á entretener; pero remontarse á disertaciones como aquella del purgatorio en el diálogo del *Marinero*, francamente, no me parece digno de V. Veá V. en cambio cuánto placen á todo el mundo, y cuán bellas son las tronadas de D. Martín contra los libros, contra los médicos homeópatas ó homeo-anos, y las frases, magníficas en verdad, de que «los españoles tenemos la fortuna de no ser na-

Recuerdos íntimos de tiempo del imperio.

EL PALACIO DE LACKEN EN HOLANDA

Y EL MANNEKEN-PISSE DE BRUSELAS.

I.

En 1810 y poco tiempo después de su matrimonio con María Luisa, emprendió Napoleón con ella un viaje a Holanda. Lo meditaba hacia ya mucho tiempo, pues su objeto era visitar aquel país que no conocía y cuya nueva administración y localidades exigían sus especiales cuidados. Además quería inspeccionar por sí mismo los trabajos emprendidos ó terminados y los que creyese necesarios para establecer una rápida comunicación entre Amsterdam, tercera capital de su imperio, y París, que era la metrópoli. Precedió á la emperatriz, y á la que citó para Lacken, queriendo evitarle así la fatiga y las incomodidades de una caminata hasta cierto punto millar, y en la cual no hubiera podido figurar de una manera conveniente. Por último quería hacer ver su nueva esposa á los habitantes de un país, gobernado en otro tiempo por la casa de Austria. María Luisa partió pues de Compiègne para Holanda, acompañada de una corte tan numerosa como brillante, porque el pensamiento de Napoleón era dar el mayor brillo posible á aquel viaje. El se dirigió por Boloña, Ostende, Fléminga y Amberes, donde la emperatriz fué á reunirsele. Durante los días que SS. MM. permanecieron en esta ciudad, se sucedieron unas á otras las fiestas de toda especie, y habiendo vuelto María Luisa á Lacken, Napoleón tomó el camino de Amsterdam, donde hizo su entrada á caballo, escoltado por el mas brillante estado mayor que se ha visto. Estuvo una semana en la capital de Holanda, y salió de ella después de haber inspeccionado y hecho dar cuenta de todas las obras, dirigiéndose á Utrecht.

Después de haber revistado las tropas reunidas en el bellísimo paseo del Mallo, volvió á montar y atravesó la ciudad. Al mismo tiempo que caminaba observó que Utrecht no poseía edificio alguno importante; informóse, aunque en vano, del sitio que había debido ocupar Luis XIV, cuando este monarca vencedor penetró en la población, «para establecer en ella su corte,» según Saint Simon, «con tanto esplendor y magnificencia como en Versalles.» Como las tradiciones del país nada decían acerca del particular, nadie pudo satisfacer sus deseos.

—Los pueblos son olvidadizos, dijo el emperador con este motivo, supuesto que el paso del gran rey no ha dejado la menor señal en las comarcas que recorrió triunfante: todo se borra en este mundo.

—Señor, le respondió uno de los que le acompañaban; cada piedra de los sitios que recorre V. M. dirá su nombre á las generaciones futuras.

—Mas para eso es necesario que haya piedras, repuso Napoleón, y aquí no veo mas que yerba y flores; cosas son estas que duran poco.

El mismo personaje quiso aun replicar; pero Napoleón le interrumpió diciendo:

—Basta, todavía no he edificado en este país cosa alguna, y dentro de veinte años estará mi nombre tan olvidado en Holanda como el de Luis XIV.

Y después de un rato de silencio, añadió:

—Es preciso hacer de modo que mi paso por esta tierra deje algunas señales que recomienden mi memoria á la posteridad.

El emperador llegó por fin á Lacken.

La etimología de este nombre (Lago) es muy sencilla, pues se deriva de la naturaleza misma del terreno, que es muy pantanoso y está espuesto durante el invierno á las avenidas del Senna, río pequeño que pasa por Bruselas y que serpentea mansamente en sus alrededores.

El pueblo de Lacken está situado á media legua de Bruselas hacia el norte, y saliendo por la puerta que lleva el mismo nombre: cuenta una antigüedad muy remota, pues documentos del siglo IX prueban que poseía ya en aquella época una iglesia y mas de cien casas. En consideración sin duda de tan venerable antigüedad demandaron y obtuvieron sus habitantes el derecho de ciudadanía.

Las vastas llanuras que rodean tan bonita población son célebres en la historia por la batalla que en ellas dió á los devastadores normandos el joven Carlomagno, hijo natural de Luis el Tartamudo, rey de Francia. La tradición añade que la matanza fué tan espantosa que el Senna corrió encarnado durante muchos días, como en otro tiempo el río de la Roma de los Césares. Esta inmediatez de un campo de batalla tan famoso, en el que el valor francés había conseguido tan señalada victoria, inspiró tal vez á Napoleón la idea de distinguir entre las residencias imperiales al palacio de Schönberg, que después se ha llamado el palacio de Lacken.

Situado en medio de un paisaje delicioso, se levantó hacia mediados del siglo XVII, y fué propiedad del ilustre conde de Schönberg, y dominio real. En los últimos tiempos de la dominación austriaca, el rey de los Países-Bajos fijó en él su residencia de verano, y las memorias de la época hablan con elogio de las fiestas, cuyo teatro fueron los jardines y el palacio de Lacken. Pero la revolución del Brabante, que estalló poco después que la francesa (porque la Bélgica todo lo imita, hasta las revoluciones), despojó á Lacken de sus solemnidades artísticas. Napoleón apareció, y á su voz, tan conocida por el genio de las artes como por el de la guerra, se vio renacer la plácida suntuosidad de aquellos sitios: desde entonces, una solicitud conservadora sucedió á la devastación y al desorden revolucionario.

Nada puede verse tan lindo ni tan elegante como el interior del palacio de Lacken. Es una habitación enteramente francesa, que ha surgido como un oasis en medio de las monótonas comarcas de la Bélgica. Lacken es un Saint Cloud en pequeño, si exceptuamos la hermosura de los jardines y el artificio de las aguas. Sin embargo, su parque y su lago forman un conjunto original, que despierta en el alma del poeta y del historiador ideas suaves é interesantes recuerdos.

Napoleón quiso que la emperatriz se alojase magníficamente en aquella residencia. La gruta, los kioscos, todo se restauró y embelleció con tal motivo. El país se puso á contribu-

cion para que proporcionase con profusión las flores mas bellas y raras. El aire estaba embalsamado, y nada puede imaginarse mas seductor que aquella mansion, cuando los tapiceros del guarda-muebles de la corona, enviados de París, acabaron de adornar las habitaciones del palacio.

El emperador tenía su gabinete en el piso bajo, y era el mismo que ocupaba su hermano Luis, cuando residía en Lacken. Hablaron á Napoleón de la nueva galería que el rey había hecho construir: le gustó muchísimo y dijo al examinarla:

—Es preciso amueblar esta galería, y no quiero en ella nada mezquino, sino que se convierta en un departamento real: dejaré así un recuerdo de mi visita á Lacken.

Las habitaciones de María Luisa eran magníficas, y los adornos y muebles de los salones principales sobrepujaban en riqueza á las de dichos aposentos Lacken por consiguiente se había conquistado una fisonomía nueva; el fénix renacía de sus propias cenizas. Aquel cortejo de grandes dignatarios que seguía á Napoleón, arrojaba fantásticos resplandores en tan pintoresca residencia. Las diputaciones del clero, de la nobleza, de los magistrados, del comercio y de los fabricantes de los cinco departamentos de que se componía la Bélgica en tiempo del imperio, afluyeron á los salones de recepción del castillo.

María Luisa, cuya sencillez como muger solo podía compararse á la que ostentaba como soberana, contestó con gran talento á los homenajes que todos la tributaban. Se creyó por un instante que llegaría á hacerse francesa, y también hubo quien dijo que ya empezaba á serlo. Una diputación de las jóvenes mas distinguidas de Bruselas se presentó á ofrecerle flores, al mismo tiempo que doce mancebos de las familias mas ricas de Malines le hicieron el don de un velo de encajes: la emperatriz se adornó al punto con el velo y con las flores, y contestó á las dos diputaciones:

—No puedo probaros mejor el placer que me proporcionáis, que adornándome con vuestros preciosos presentes. Este velo y estas flores sufrirán los ultrajes del tiempo, pero mi corazón conservará eternamente el recuerdo de vuestra visita y de vuestras dádivas.

Y sacando de sus dedos dos sortijas de diamantes las entregó á los jefes de las diputaciones, abrazándoles al mismo tiempo con la efusión de una hermana y la dignidad de una reina.

Napoleón dió dos espléndidas fiestas durante su permanencia en Lacken, y la memoria de ellas se conserva todavía en el país y forma parte de sus tradiciones. Una sobre todo, en que se encontraron reunidas todas las solemnidades artísticas, científicas, comerciales, administrativas y militares de la Bélgica, dejó recuerdos profundos en la memoria de los habitantes de Lacken. El parque se había transformado en un verdadero kermes (1). Fuegos de toda especie, distribuciones de ginebra y de cerveza, regatas en el estanque grande, y tiros de pistola y fusil, en los cuales fueron vencedores los carabineros de Lacken; dieron á aquellas diversiones el carácter que revelan los cuadros de Teniers y de Van Ostade. En tanto que los aldeanos del pueblo de Bruselas y los soldados de la Guardia bailaban, bebían y cantaban en la magnífica pradera del parque, el emperador y la emperatriz se sentaban á una mesa de cien cubiertos. Otras dos mesas, por el gran mariscal de palacio y el prefecto del departamento, habían reunido á las diferentes diputaciones de la Bélgica, de la Holanda y de la confederación del Rin. Un concierto terminó la fiesta, y durante el mismo disparó el octavo regimiento de artillería vistosos fuegos artificiales.

II.

Paseábase el emperador con la emperatriz por el jardín chino, en el cual se cultivan las mas raras flores con una solicitud verdaderamente holandesa, cuando interrumpió la conversacion que habia entablado con María Luisa la llegada de un chambelan, que parecia muy apurado, aunque ninguna nueva alarmante revelaba su fisonomía.

—¿Qué se ofrece, señor conde? le preguntó Napoleón deteniéndose.

—Señor, contestó el chambelan, desea presentarse á V. M. una diputación de los ciudadanos de Bruselas, presidida por el corregidor y sus adjuntos.

—¿Qué es lo que quieren? ¿No me los ha presentado ya el prefecto?

—Señor, se me figura que se trata ahora del manneken-pisse.

—¿Y qué quiere decir eso de manneken-pisse?

Veamos de una vez lo que significa.

Y volviéndose afectuosamente hacia la emperatriz, que ya se hallaba en cinta, añadió:

—Luisa, tened mucho cuidado, y no entreis sola en la góndola del lago, como ayer: una emperatriz no es un almirante.

En seguida se alejó con el chambelan.

Digamos antes de proseguir nuestro relato qué cosa es el manneken-pisse de Bruselas.

Roma tenía su altar de la Victoria; Atenas su paladium en los tiempos antiguos; Constantinopla en los modernos su lábaro; Francia su orillama y España su bandera de la Cruzada. A estas santas reliquias atribuían los pueblos la salvación y la gloria de su patria respectiva. Bruselas, que no es ni Roma ni Atenas, ni París ni Madrid, posee por paladium, por orillama ó por estandarte nacional, un manneken-pisse, esto es, la estatua de un niño.

Dicha estatua, cuyo origen no tratamos de referir en este lugar, adorna hoy la fuente de uno de los barrios mas importantes de la ciudad. Ya hemos dicho que es el lábaro de Bruselas, y por lo tanto su popularidad inmensa. Objeto de una veneración constante, unánime y profunda, que se asemeja mas á un culto que á un homenaje, el manneken-pisse se asocia á todos los placeres y á todos los dolores de la ciudad. Tres veces fué robado el manneken-pisse, y el luto de todas las clases fué estremado; pero Dios quiso que Bruselas, mas feliz que Constantinopla, recobrase su lábaro. Después del último atentado contra tan preciosa reliquia, la separa de los curiosos un enrejado de hierro. De este modo han puesto los de Bruselas debajo de llave las mas ricas de sus propiedades.

(1) Así se llaman en Bélgica las fiestas de aldea.

Cuando la Bélgica formaba parte de los estados de la casa de Austria, el manneken-pisse era objeto de la generosidad y largueza de las potencias colindantes ó aliadas de la Bélgica. La Suiza le dió en 1627 el título de ciudadano; el rey de Cerdeña en 1645 cartas de nobleza, y el título de marqués; Luis XIV le nombró maestre de campo, y la reina le envió las insignias. Por último Luis XV, cuando se casó el delfín con la archiduquesa María Antonieta de Austria, le concedió la cruz de San Luis. Se ve pues que no carece el manneken-pisse de honores militares y aristocráticos, ni tampoco de distinciones civiles. Lo mas curioso es que aquel niño de yeso tiene sus ayudas de cámara *ad hoc*, quienes le visten en dias de ceremonia con los trajes que puede usar. De este modo, y siguiendo las fluctuaciones de la política, se ponía alternativamente el traje de natural de los trece cantones, ó el uniforme de oficial inglés, ó el de mayor austriaco, ó el de general francés, con arreglo al viento que soplabá.

(Continuará.)

LA REPUBLICA DE SAN MARINO.

Se habla mucho de la reaccion que cunde en Italia, y hay todavía una república en aquella tierra clásica de los Brutos. Adivinan acaso los lectores que quiero hablar de la república de San Marino. He aquí lo que de ella se cuenta.

El jefe actual de este estado democrático es un anciano que disfruta mil cien libras de sueldo, y cincuenta escudos para gastos de escritorio. Tiene un ejército compuesto de doce veteranos, que son generales cada uno á su vez. En esta fabulosa república, el ministro de hacienda tiene por arcas dos bolsillos; el presupuesto asciende á la suma de tres mil cien francos setenta y cinco céntimos en un año comun, y todavía el pueblo dice sin cesar: «Engordamos á los ministros con nuestro sudor.»

Las fortificaciones de San Marino consisten en algunos ladrillos combinados con un biombo chino. De tiempo en tiempo las tempestades destruyen tan débiles baluartes, y entonces se decreta el aumento de un céntimo por cabeza. La oposicion murmura y clama: «Si los ministros gobernaran mejor habria menos tempestades y no se destruirian las fortificaciones. Por consiguiente este aumento tan horrible no se renovaría con tanta frecuencia.» Pero es preciso que diga algo la oposicion.

Hace algunos años, en las vacaciones, unos veinte pensionados de Roma, que venían de aprender la música á costa del gobierno francés, pasaban á bordo del paquebot *Rossini* por delante de San Marino. El pensionado, á quien se conocía bajo el nombre de Sastic, propuso alegremente á sus camaradas conquistar aquel estado democrático. En vano el capitán les habló del derecho de gentes; no fué escuchado. Los veinte calaveras se armaron cada uno de dos pistolas descargadas, saltaron en la lancha y desembarcaron al pie de los baluartes tocando una marcha gerrera de Bellini.

El jefe de la república se paseaba con su esposa cuando vió este formidable ejército que avanzaba con intenciones no equívocas de hostilidad. Apenas tuvo tiempo de gritar: «Ciudadanos, que vienen los bárbaros.» Todavía se cree en Italia que hay bárbaros como en tiempo de Atila. En tanto que se desmayaba su muger, hizo tocar generala. A este ruido acudieron corriendo los doce veteranos vestidos de generales. El jefe pronunció una pequeña arenga para decirles que se manifestaran dignos descendientes de sus abuelos. Ya se iba á venir á las manos, cuando los veteranos bajaron las armas.

—Son franceses, exclamaron, y son veinte contra doce; toda resistencia es inútil.

La república de San Marino estaba conquistada por veinte artistas.

—¿Qué vamos á hacer con nuestra conquista? dijo el promovedor de la expedición. ¿Estableceremos una sucursal de la escuela de Roma? ¿Obligaremos á los vencidos á construir un teatro para uso de los debutantes? El asunto es grave; deliberemos.

Se deliberó en efecto; pero como el calor era muy grande, la mayoría de los vencedores se decidió porque se sometiera sobre la marcha á la república á un impuesto de dos docenas de naranjas y dos libras de azúcar para hacer una limonada.

Los Sanmarinenses se apresuraron á acceder á estas condiciones que resultaban del derecho de la guerra.

Desgraciadamente para ellos se encontró excelente la limonada, y por lo tanto los conquistadores propusieron una capitulación escrita. Solo tenía un artículo concebido en estos términos. «Todos los años en igual dia, la república de San Marino enviará á la escuela francesa de Roma, á la sección de música, dos docenas de naranjas y dos libras de azúcar para hacer una limonada.»

Este tratado está en vigor en la actualidad.

ADJUDICACION DE MEDALLAS.

El Escmo. Ayuntamiento constitucional de Barcelona entregó el 12 de diciembre último á los señores arquitectos de la misma ciudad, D. Francisco Molina y D. José Oriol y Mestres, dos medallas, de oro la del primero y de plata la del último, adjudicadas en 12 de junio de 1848, en el concurso público celebrado para el proyecto de la Plaza-Real que se está edificando. Debemos al señor D. Mariano Borrell el dibujo de esta graciosa medalla.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

Aunque tarde, LA ILUSTRACION no puede dejar de consignar en sus páginas la proclamación del imperio en Francia; acontecimiento de tanta influencia no solo en la política europea, sino en los destinos de la humanidad. Dos láminas consagramos á este suceso: la una representa el acto de ocupar el trono imperial Mr. Luis Napoleon, la otra es un magnífico retrato del nuevo emperador de los franceses. A nada conducirían los detalles que estampáramos aquí, después que la prensa se ha encargado de reproducir por millones los ejemplares de la descripción de tan notable suceso.



Luis Napoleón, emperador de los franceses.

SEGUNDA EDICION DE ESTE NUMERO.

No habiendo llegado aun el papel que preparamos para LA ILUSTRACION, tuvimos que echar mano para este número del único que encontramos que diera el tamaño necesario; el re-

sultado ha sido tan fatal para la estampacion, que después de hecha toda la tirada y repartida en Madrid, nos hemos resuelto á imprimir una nueva edicion en mejor papel, aunque dividido en dos pliegos, á fin de que este primer número no disuene monstruosamente de los siguientes cuando llegue el caso de encuadernar el tomo. Los señores suscritores de provincias se servirán dispensarnos el retraso en gracia del motivo que le ha ocasionado; los de Madrid deben inutilizar el

ejemplar que tienen en su poder y conservar el que hoy se les reparte.

Este trastorno, que tanto nos perjudica, viene á confirmar lo que decimos en la introduccion del presente número, introduccion que, dicho sea de paso, participó de la desgracia de la primera edicion, saliendo de tal modo truncadas y llenas de errores las tres líneas del tercer parrafo, que no era fácil adivinar qué querian decir.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANAL PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.